

PACTO... ¡DESPUES DE MORIR!

CURTIS GARLAND

A fin de cuentas… ¿quién puede olvidar que está conviviendo entre unas personas respetables… y, sin embargo, una de ellas… es un asesino?

Yo lo sabía. Lo sabían otros. Esa noche se había desvelado una parte del siniestro misterio, y todos estábamos enterados de que en nuestro reducido grupo de buenos amigos, uno era un criminal despiadado.

¿Quién?

No lo sabíamos. No podíamos saberlo. El único informe existente hablaba de… de un maníaco, de un loco peligroso. Más aún: de un psicópata que había resuelto ensangrentar aquellos días de vacaciones en el castillo. Un monstruo humano, capaz de atacar cuando menos lo esperásemos todos. Además, desconocíamos sus razones para ese ataque… si es que realmente las tenía.

Y, por otro lado… ¿quién, de entre nosotros, podía ser ese maníaco asesino?



Curtis Garland

Pacto… ¡Después de morir!

Bolsilibros: Selección Terror - 195

ePub r1.0

xico_weno 23.10.17

Título original: *Pacto… ¡Después de morir!*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

EL viento abrió la ventana.

Fue un brusco ramalazo helado, que debió impulsar el pestillo mal ajustado de los postigos, y éstos cedieron, con un crujido lastimero, dejando entrar la bocanada gélida en mi habitación.

Se apagó la bujía, y me encontré en la más absoluta oscuridad, sólo alterada por el pálido reflejo de la luna que allá afuera, tras los negros nubarrones que pasaban, veloces, ante el disco de plata de la noche, brillaba por encima del castillo y sus tierras circundantes.

Me incorporé, disgustado. En una noche como aquélla, fría y desapacible, con el viento ululando alrededor del viejo edificio señorial y sus cercanas colinas, no era agradable dejar el grato calorcillo del lecho, para ir a cerrar una ventana mal cerrada.

En el momento de asomar a la ventana ojival, de remembranzas góticas, un nubarrón tenebroso eclipsó la luna. Por la abertura, sólo descubrí oscuridad alrededor del castillo, especialmente allá abajo, entre las balaustradas de la gran terraza y los frondosos setos del jardín. Un crujido repetido y continuado, a mis pies, me reveló la acción del viento sobre los arbustos. Era una noche inquietante, que quizás lo era más para mí o para cualquier otro invitado del castillo, a causa de la vecindad del cementerio familiar de los Kearney, con sus lápidas de blanca piedra, sus cruces y su panteón central, con la cripta de los mayores de la dinastía Kearney.

Por fortuna, yo nunca había sido supersticioso. Y menos aún, miedoso de la otra vida. No, nunca me asustaron los muertos. Era de los que pensaba, acertada o equivocadamente, que los vivos eran más de temer. Y el Más Allá nunca significaba una amenaza para nadie. Cuando menos, pensé, si uno estaba en paz con su propia conciencia…

Cerré la ventana. Ajusté los postigos, y respiré fuertemente. La habitación era grande y destartalada. El aire frío la había dejado

inhóspita y casi gélida. Encendí de nuevo la bujía. Regresé a la cama, preguntándome si las nubes ganarían la guerra a la luna, y la ansiada lluvia terminaría por caer sobre la región, rompiendo la tensa, eléctrica crispación de la atmósfera en las últimas horas.

Todos estábamos necesitando la lluvia. Sería como relajar la tensión y que los nervios cedieran un poco. Nervios y tensión provocados por determinados hechos que yo no podía olvidar. Ni, posiblemente, el resto de los habitantes del castillo.

A fin de cuentas… ¿quién puede olvidar que está conviviendo entre unas personas respetables… y, sin embargo, una de ellas… es un asesino?

Yo lo sabía. Lo sabían otros. Esa noche se había desvelado una parte del siniestro misterio, y todos estábamos enterados de que en nuestro reducido grupo de buenos amigos, uno era un criminal despiadado.

¿Quién?

No lo sabíamos. No podíamos saberlo. El único informe existente hablaba de… de un maníaco, de un loco peligroso. Más aún: de un psicópata que había resuelto ensangrentar aquellos días de vacaciones en el castillo. Un monstruo humano, capaz de atacar cuando menos lo esperásemos todos. Además, desconocíamos sus razones para ese ataque… si es que realmente las tenía.

Y, por otro lado… ¿quién, de entre nosotros, podía ser ese maníaco asesino?

No lo sabíamos. Yo, cuando menos, lo ignoraba por completo. Aquella noche había creído tener una leve sospecha, pero… Era sólo eso: una sospecha.

Muy poca cosa para acusar a nadie, para señalar a cualquiera de las personas que se acogían bajo aquel techo y decir, con voz altisonante:

«Usted… ¡Usted, de entre todos nosotros… es la persona que trata de ASESINAR a alguien en estos días! Y ya anteriormente… mató a otras personas…».

No, imposible. Algo así, sólo se podía hacer cuando uno estaba seguro, totalmente seguro de lo que decía. De otro modo, ¿quién era capaz de hablar, de revelar un simple recelo, un presentimiento, una hipótesis absolutamente personal y sin base sólida?

Nadie. Y yo, menos que nadie. Porque, a fin de cuentas, era allí

quien menos contaba. Un invitado. Un advenedizo, casi. Un extraño. Una persona ajena a todos los demás. A veces me había preguntado por qué estaba yo allí. Por qué había acudido a un lugar donde mi papel era poco menos que forzado. Donde realmente, no tenía por qué estar.

Pero había sido invitado allí. Y acudí a la invitación, aun pensando que todo era producto de un error.

Contemplé el libro sobre la mesilla. Era un viejo volumen tomado al azar de la biblioteca del castillo, momentos antes de subir a mi dormitorio. Había pensado en leer, pero lo cierto es que estaba cansado cuando me acosté, y la idea de perder un rato leyendo, se me hizo insoportable. Entonces, al tratar de conciliar el sueño, había llegado aquel soplo violento, abriendo los postigos y apagando la bujía.

Ahora me notaba menos somnoliento, aunque igualmente cansado. Tomé el libro. Estaba encuadernado en piel negra, y tuvo los cantos dorados alguna vez. Ahora, ese tono dorado se había tornado de un amarillento sucio. Leí el título, sorprendido: Satanismo. Pactos diabólicos y la condena de las almas.

Me quedé perplejo. Nunca había sentido el menor interés por el satanismo ni sus misterios. Tampoco por los pactos al estilo de Fausto, ni por lo que pudiera esperarle a un hombre en el Más Allá, tras una relación determinada con… con el Adversario, como le llamaban los religiosos y los muy creyentes.

Sin embargo, había tomado ese libro de la biblioteca. Sin leer siquiera su título es cierto.

Pensé entonces, ante los repletos anaqueles, que cualquier volumen era útil para pasar el rato antes de dormir, y lo elegí al azar. Pero nunca pensé que se tratara de semejante clase de libro.

Ahora que lo sabía, no era cosa de cambiarlo por otro. No me gustó la idea de salir de mi habitación y bajar a la planta, en busca de la oscuridad de la biblioteca. A fin de cuentas, no podía olvidar que allí había un asesino. Y que, quizás, aquella noche, alguien creyó, durante la cena, leer en mis ojos una acusación velada, muda. O, simplemente, una sospecha.

La sospecha de que aquella persona podía ser el asesino. O que lo era, realmente, según mi intuición…

Eso podía resultar peligroso. Muy peligroso. El asesino había

matado ya varias veces. Estaba en aquel castillo para matar una vez más. ¿A quién? No lo sabíamos, y eso era lo terrible. Desconocer al criminal y también a la víctima. Un doble y angustioso enigma, evidentemente, para cuantos estábamos bajo el viejo techo de aquella mansión perdida en los pantanos del Yorkshire.

Yo podía ser su víctima, si corría demasiados riesgos. No me gustaba esa posibilidad. De modo que, pese a que me había desvelado por completo, abrí el volumen al azar.

Las páginas aparecían amarillentas por la acción del tiempo. Grabados del más puro gótico, salpicaban el volumen, con representaciones míticas de Luzbel, Lucifer, Satanás o como quisieran llamarle cada uno al Enemigo. Casi siempre resultaban dibujos ingenuos, en los que el maniqueísmo aparecía presente al mostrar a íncubos, súcubos, brujas y posesos con horrible apariencia física, mientras que los enemigos del Diablo se aparecían arrogantes, bien parecidos, como héroes mitológicos en lucha contra los monstruos infernales.

Sonreí con los textos y las ilustraciones por un igual. El autor había presentado aspectos inquietantes de aquelarres, pactos satánicos y «misas negras». Pero su forma de presentar las cuestiones pecaba de ingenuidad, de torpeza a veces. No, no era un libro ameno ni interesante, pese al interés de su tema básico. Lo cerré, dejándolo de nuevo en la mesilla.

Pero me quedé pensativo, mientras la bujía se iba consumiendo lentamente, y afuera rugía el viento, haciendo crujir puertas y ventanas. Resultaba curioso que, después del incidente en el camino, hubiese tomado yo aquel volumen precisamente…

Sacudí la cabeza. Debía olvidar esas tonterías. Desde mi llegada al Yorkshire, algunas cosas parecían diferentes. Lo que antes hubiese considerado absurdo, parecía allí algo factible, incluso probable. Lo irreal, podía llegar a suceder en la región. Y, sobre todo, en el castillo.

De todos modos, debía apartar de mí esa impresión. No dejarme influenciar por ideas ridículas. A fin de cuentas, que existiera un asesino, era algo de este mundo. Una persona capaz de matar. Pero un ser humano, a fin de cuentas. No había nada de demoníaco en ello, por muy diabólico que fuese el ser que allí se alojaba con la idea de matar.

Empecé a adormilarme. La bujía siguió ardiendo, sin que se me ocurriese apagarla. Ya se extinguiría por sí sola, no tardando mucho. Cerré los ojos. Me quedé dormido.

No sé por cuánto tiempo. Pudo haber transcurrido un cuarto de hora. O quizás tres horas. No tenía noción del tiempo pasado, pero la bujía estaba apagada. Y en el exterior, el viento parecía haber crecido en intensidad. Los más altos ramajes de los árboles, desnudos de hojarasca en el invierno, azotaban los vidrios de las ventanas, como dedos siniestros, de manos descarnadas que se agitasen espectrales en la noche.

Me erguí, sobresaltado. ¿Qué me había despertado esta vez?

No capté ruido alguno, pero estaba seguro de que algo me había arrancado del profundo sueño que, finalmente, había logrado conciliar. La idea me inquietó.

Logré ponerme en pie. Busqué los fósforos. Prendí uno. La bujía se había agotado. Era inútil pretender encenderla de nuevo. Caminé descalzo por la habitación. Mi sombra bailoteaba, insegura y gigantesca, en los muros alumbrados con la débil luz amarillenta del fósforo.

Sobre un mueble, había una lámpara de queroseno, con algo de combustible en su fondo. Encendí la mecha.

Le costó arder, pero finalmente logré que brotase una cansina llama azulada. A su claridad, miré en torno.

Los gigantescos muebles oscuros, pesados, parecían figuras agazapadas en la oscuridad, esperando saltar sobre mí en cualquier momento. Eran como monstruos petrificados, de alguna vieja leyenda gótica. Y, sin embargo, distaba mucho de hallarme en aquella época de seres diabólicos y aquelarres dantescos. Todo eso, en el año 1850, sonaba demasiado lejano, con un mundo revolucionado por el ferrocarril, el petróleo y el alumbrado de gas, entre otras maravillas y progresos de mi tiempo.

Pese a todo, había algo de ominoso alrededor mío. No sabía lo que era. Seguía pensando que algo me despertó. Y no sabía el qué…

De repente, sentí el chirrido a mis espaldas. Giré la cabeza, sobresaltado.

No, no había nadie en la habitación, grande, destartalada, de altos techos, desnudos muros de madera y de piedra, y artesonado con vigas sobre mi cabeza. Pero el chirrido se había producido.

Y venía de la puerta. Vi el pestillo girar, movido desde el exterior…

Sentí un escalofrío. Dirigí una mirada al reloj de bolsillo, sobre la mesilla. Sus cifras romanas marcaban las dos de la madrugada, menos escasos minutos.

A las dos de la madrugada… ¿quién podía deambular por el corredor del castillo? ¿Y quién se atrevería a llamar en mi dormitorio?

Decidí salir de dudas. Era mejor afrontar las cosas con energía, resueltamente. Sin rodeos. Me aproximé a la puerta. Pregunté secamente, con voz áspera:

—¿Quién está aquí? ¿Qué quiere? ¡Vamos, responda!

—Por favor, Víctor… —susurró la voz—. Abra, se lo ruego. Es importante…

¡Ella! Me estremecí. Y esta vez no era de terror, ni mucho menos.

Ella había venido a mi alcoba en la madrugada… Eso, sólo podía significar algo… Algo prometedor, muy diferente a la existencia de un asesino, al temor a un desconocido criminal. E incluso a la inquietud que me produjera aquel viejo volumen sobre satanismo…

—¿Qué significa esto? —Murmuré, pegada mi cara a la puerta de recia madera—. Es muy tarde ya…

—Por favor, abra… Se lo suplico —insistió ella, ronca su voz—. Tenemos poco tiempo… Es muy importante, créame… Hay una vida en juego…

De modo que era eso. No se trataba de un encuentro amoroso. Se refería a lo que nos estaba torturando a todos. Al ambiente tenso y agobiante del castillo…

—Un momento —dije, tras una leve vacilación—. Ya abro…

Corrí el pestillo. Giré la llave. Entreabrí la puerta, que chirrió endiabladamente. Y ella entró.

Venía envuelta en una larga bata de seda azul oscura, anudada a la cintura. Vi que debajo no debía llevar nada, o muy poco. Por la abertura inferior que dejaba su bata al entrar, empujando más la puerta con sus hombros, descubrí su muslo desnudo, bien torneado. Y por arriba, el escote llegaba hasta sus senos erguidos y vibrantes, casi escapando exultantes de vigor, del tejido azul que los aprisionaba.

—¡Víctor, perdóname! —gimió, cuando abrí y ella se apresuró a entrar—. ¡Tuve que hacerlo!…

No la entendí, hasta ver que no venía sola. Entró alguien más con ella: el que la empujaba con fuerza, para hacerla entrar, abriendo más la hoja de madera.

Demasiado tarde, me di cuenta de mi tremendo error.

Ella me miraba asustada, muy pálida, temblorosa, con sus ojos muy abiertos por el terror. Y detrás suyo, estaba el otro personaje. El siniestro desconocido de cabeza cubierta por una caperuza, y larga túnica oscura, hasta los pies. Sus manos enguantadas no sólo habían estado empujando con fuerza a la muchacha. Una de ellas esgrimía un arma. Una daga.

—¿Qué significa…? —exclamé, alarmado, precipitándome hacia el encapuchado, sin hacer ya el menor caso de la mujer que, con engaños, me había obligado a abrir la puerta.

Sonó una ronca carcajada bajo la caperuza. Ella lanzó una trémula exclamación ahogada, que reflejaba su temor y su angustia.

Luego… fui asesinado.

* * *

—¿Asesinado?…

—Sí. Víctor Talbot ha muerto, señores —dijo con voz penosa el doctor Essex—. De eso, no cabe ya la menor duda, desgraciadamente…

Alguien volvió a cubrir el cuerpo con una de las sábanas de la habitación. Se miraron entre sí los presentes. Un clima de opresión angustiosa reinaba en la estancia.

—De modo que el criminal atacó por fin… y Talbot fue su víctima —comentó con tono amargo Austin Kearney, el propietario de Kearney Castle—. Era cierto mi temor… Hay un criminal entre nosotros, señores…

Los demás se miraron entre sí, preocupados. Luego, dirigieron una mirada inquieta y sombría al bulto que formaba el cadáver bajo la sábana.

—Sí, pero… ¿quién? —Preguntó en voz alta Malcolm O'Neal, sacudiendo la cabeza con estupor—. Y sobre todo… ¿por qué? ¿Qué adelanta con matar? ¿Por qué a Talbot, que ni siquiera era, exactamente hablando… uno de nosotros?

—Resulta extraño, lo admito —confesó Austin Kearney—. Pero lo cierto es que le han asesinado. ¿De qué otro modo podría explicarse su muerte, víctima de un arma homicida que le hirió fatalmente?

—Yo no discutía la existencia de un crimen, sino las razones para tal hecho… y la identidad del autor —replicó secamente O'Neal —. Parece algo sin sentido, señores.

—Todo tiene su sentido, por oculto que se encuentre —sentenció con amargura el doctor Norman Essex, sacudiendo su canosa cabeza —. Ahora, señores, ¿adónde podemos trasladar el cadáver de Víctor Talbot, mientras esperamos a que los caminos estén de nuevo transitables y pueda ser avisada la policía, y trasladado el cuerpo al depósito de cadáveres, para la autopsia?

Afuera, restalló el trueno. Una lívida luz se sobrepuso, incluso, a la claridad de las lámparas en la madrugada, y el raudal de agua se hizo más estruendoso, batiendo con furia los muros de piedra del castillo.

El temporal, por fin, se había desatado. Las nubes negras vencieron en la noche de luna, y un aparatoso diluvio, con gran aparato eléctrico, descargaba sobre el Yorkshire, convirtiendo ahora en un lago los senderos y campos, hasta hacer desaparecer en apariencia los temibles pantanos, que se confundían con todo lo demás, convirtiendo en un peligro mortal cualquier intento por abandonar ahora la vieja mansión señorial de los Kearney.

—No sé… —Austin Kearney sacudió la cabeza, ensombrecido—. Creo que lo mejor será bajar el cuerpo a la cripta familiar, en los sótanos… Está en el cementerio vecino, pero se llega a ella sin salir del edificio, sólo bajando a la bodega y tomando luego el viejo corredor subterráneo, hasta la cripta misma. ¿Qué tal le parece la idea, doctor?

—Bien, bien. Por mí, está bien. Imagino que en la cripta, se conservará mejor, hasta que mañana, si hay suerte, pueda ser conducido a la cercana población…

—Sin duda, doctor. Allí el clima es seco y muy frío. Apenas si entra el aire. Se conservará bien el cuerpo, no lo dude. A ver, lo trasladaremos en una camilla… Creo que encontraré algo adecuado en los establos. Hay viejas sillas de postas y todo eso. Puede que

hallemos lo mejor para improvisar una camilla adecuada. ¿Quieres venir conmigo, Malcolm? Necesitaré ayuda…

—Claro —asintió O’Neal —. Vamos allá, Austin…

—Entretanto, yo cerraré con llave esta alcoba —dijo el doctor Essex—. Es mejor que nadie entre aquí, mientras el cadáver permanezca en este lugar. Es posible que la policía quiera examinar esta habitación a fondo. Cuanto menos se toquen las cosas, tanto mejor.

El grupo se dispersó, silencioso, en diversas direcciones. Alguien sollozaba ahogadamente. Austin Kearney giró la cabeza y miró a la persona arrinconada que dejaba escapar su llanto en forma incontenible, pero apagada.

—Vamos, Crystal —la alentó, con una media sonrisa animosa—. No podemos hacer ya nada por él… Víctor Talbot ha muerto. ¿Por qué llorar ahora? Hay que soportar esto… Después de todo, tú apenas le conocías…

—Sí, Austin… —Logró hablar entre sollozos—. Y, sin embargo… me siento culpable de su muerte…

—¿Tú? —Kearney reveló su asombro en el tono de voz y en el gesto—. Pero ¿qué estás diciendo, Crystal? ¿Culpable? ¿Por qué?

—Es horrible, Austin… ¡Es horrible! —estalló en llanto abierto, y echó a correr pasillo delante, perdiéndose a la vista de todos, ante el general asombro, cuando descendió las amplias escalinatas del castillo.

Austin Kearney cambió una ojeada pensativa con su amigo Malcolm O’Neal. Ambos parecían tan sorprendidos como preocupados.

—No logro entenderlo, Malcolm… —murmuró Kearney—. ¿Por qué habrá dicho eso Crystal?

—No lo sé, Austin. Pero aparentemente… no tiene sentido.

Hay demasiadas cosas aquí que parecen no tener sentido, Malcolm —murmuró tristemente Austin Kearney—. Y, sin embargo, algo tiene un trágico y tangible sentido: un hombre, Víctor Talbot, ha muerto. Ha muerto… asesinado.

* * *

Sí.

Yo había muerto asesinado. Yo, Víctor Talbot, sorprendido por el criminal en mi propia habitación. Por culpa de una mujer…

Mi cadáver fue retirado a la cripta del castillo de los Kearney, en Yorkshire, mientras allá afuera restallaban los cielos con el fragor del temporal, y la lívida luz de los rayos alumbraba los torrentes de agua barriendo la hosca región de los yermos, los boscaje abruptos y las marismas y pantanos donde cualquiera podía internarse para no regresar jamás.

Estaba muerto. Muerto.

Pero me costaba trabajo admitirlo. No pude saber jamás, ni siquiera sospecharlo, que los muertos podemos VER, ESCUCHAR a los demás, a los que siguen vivos… Desde el frío de la Muerte, sin podernos mover, sin estarnos permitido hablar, gritar, decir algo, asistimos a cuanto nos rodea. Es una desesperante experiencia. Ser testigo mudo, quieto, ignorado…

Nadie sabe que nosotros, los muertos, seguimos existiendo de alguna manera, al otro lado de un helado muro de silencio y de quietud que nadie puede salvar.

Al menos, así estaba yo muerto, en esos momentos. Luego, me sentí subido a una camilla improvisada, conducido a la cripta subterránea, a través de angostas, húmedas escaleras, oscuros corredores y lóbregas bodegas donde el polvo y las telarañas envolvían las botellas de vino, de *brandy* o de champaña, a lo largo de décadas enteras.

Finalmente, fui depositado en esta cripta fría, oscura, que sólo visitan de vez en cuando los murciélagos. Me han dejado en el lugar más helado, sombrío y seco de todos, adonde no llega la luz, ni la humedad ni apenas el aire. ¿Qué importa?

Yo, ahora, no necesito nada de eso. Me han encerrado en una urna de piedra blanca, como mármol o alabastro. Para conservarme mejor hasta la autopsia, supongo.

Sí. Puedo sentirlo todo. Como si estuviera en vida.

Y al cerrarme las puertas herméticas, al quedarme solo en este lugar de silencio, de olvido y de muerte, en las sombras eternas que ahora serán mi mundo, el mundo sin principio ni final de Víctor Talbot…

Mi mente funciona. Sé que funciona. Puedo recordar, evocar

cosas sucedidas hace tiempo, cuando yo existía. Y también cosas cercanas. Muy cercanas.

Cosas que me sucedieron cuando llegué al Yorkshire. Cuando acudí a la invitación recibida para visitar el castillo de los Kearney…

Algo que nunca debí hacer. Pero lo sé ahora, demasiado tarde. Cuando ya nada tiene remedio. Cuando estoy muerto.

Muerto…

Dios mío, y ni siquiera aquí, a este lado, más allá de la vida, puedo saber quién fue la persona que me asesino. Ignoro qué rostro se ocultaba tras aquella caperuza. Quién clavó su largo, afilado cuchillo carnicero, justamente sobre mi corazón, con un golpe seco, mortífero.

No sé quién me mató. Ni por qué…

Sólo sé que ella… ella, sí, le ayudó a entrar en mi alcoba. No sé si de grado o por fuerza. Pero le ayudó. Y fue testigo. Me vio caer, con el arma terrible hincada en mi cuerpo, vibrando su hoja y su empuñadura, partido mi corazón por el frío acero asesino.

Me gustaría saber quién fue mi asesino. Y por qué lo hizo.

Me gustaría penetrar en el misterio de su caperuza, incluso ahora, cuando ya de nada me serviría saber la verdad…

Y me gustaría, sobre todas las cosas, poderlo revelar a alguien, ayudar a que pagase su culpa, a que mi muerte fuese vengada. O a que, simplemente, se hiciera justicia…

Pero todo eso es imposible ya. Los muertos no vuelven de su tumba para hacer justicia en sus asesinos. Los muertos no hablan. No revelan nada a los vivos.

Dios mío, si fuera posible mi vieja idea de que todo hombre, si muere inesperadamente, de forma violenta, debería tener una segunda oportunidad para enmendar muchas cosas…

Pero claro está, yo sueño. Sueño imposibles, incluso muerto. Sumido en este sueño eterno que acabo de comenzar… para no despertar jamás.

Y, sin embargo, sigo con plena consciencia en alguna parte de mi cerebro. Sigo recordando cosas…

Recordando…

Sobre todo, recordando la noche que llegué al Yorkshire…

Entonces ya estuve en peligro de muerte, por primera vez. Fue

un mal comienzo. Un pésimo presagio que debió hacerme volver atrás lo antes posible.

Pero no lo hice. Y ahora…

Sí. Creo que cuando aquellos dos rufianes me asaltaron, las cosas empezaron a ser muy diferentes para mí…

PRIMERA PARTE: Antes de morir

CAPÍTULO PRIMERO

NO había duda. Eran dos rufianes. Y de la peor especie.

Me di cuenta de ello apenas les vi ante mí. Lo peor es que ya era tarde entonces para eludirles. A ellos, y a la amenaza que representaban para mi seguridad personal, e incluso para mi vida.

—Será mejor que no se mueva, amigo —avisó uno con voz fría.

—No nos gustaría cortarle el cuello de oreja a oreja —rió el otro, agitando su afilada navaja muy cerca de mi rostro—. Pero si no nos deja otra alternativa… pues esté bien seguro que no sería la primera vez que tenemos que degollar a un tipo que se las dio de listo…

Estuve seguro de ello. No necesitaban jurarme que serían capaces de matar, si yo les daba la menor oportunidad. El que hablara primero, era flaco y escurridizo, de rostro afilado y nariz aguileña. El otro, era recio, pelirrojo y de cara brutal, que ni siquiera el color azul de sus pupilas lograba endulzar lo más mínimo. Aquellos ojos resultaban demasiado fríos y crueles para que suavizaran su apariencia de gañán desaprensivo, rudo y violento. Su manaza, de anchos dedos velludos, movía con destreza inquietante aquella brillante hoja de acero que casi rozaba mi cuello.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —pregunté, creo que inútilmente, puesto que la respuesta estaba bien clara, aún sin necesidad de formularla.

—Vamos, vamos, usted no pondrá en duda lo que buscamos de usted, ¿verdad, señor? —habló sarcásticamente el más flaco y sinuoso de los dos, mirándome con sus ojos ligeramente bizcos. Se echó a reír entre dientes, mirando a un lado y otro del oscuro sendero que, partiendo de la estación, se perdía por entre bosques, pantanos y villorrios, camino del lugar a donde yo me dirigía. A Kearney Castle…

No había nadie a la vista. Ellos parecían saber muy bien que en

noches así, oscuras y desapacibles, no era fácil que se hallaran viajeros por los caminos. Si acaso, algún loco o algún cretino como yo, capaz de confiarse al ir solo en semejante noche y por aquellos parajes.

Ahora, no había motivo para lamentarse. Era tarde, y yo resultaba único responsable de tan grave error. Lo pagaría caro. Con todo mi dinero y mis objetos de valor, como mínimo. Dios quisiera que, además de todo eso, y por miedo a ser denunciado o identificados posteriormente por mí, no resolvieran degollarme, pese a todo.

—Vamos, no perdamos más tiempo inútilmente —cortó el hombretón pelirrojo, con gesto torcido, nada esperanzador—. No me gustan las charlas estúpidas. Deme todo el dinero que lleve encima. Y su reloj, sus anillos… su equipaje. Todo. Y rápido, amigo. Soy muy impaciente…

Le miré, con desaliento. Lo del dinero no era lo peor. Llevaba un talonario de cheques que me cubrían en caso de apuro, durante mi estancia en el Yorkshire. Pero el equipaje, mi viejo reloj de bolsillo, de tapa de oro, con la dedicatoria de mi padre, un recuerdo familiar entrañable, al margen de su valor material… Y todo aquello lo querían para sí aquellos rufianes, una vulgar pareja de bribones sin conciencia, capaces de matar por unas pocas libras o por un objeto de valor.

—Está bien —suspiré, con el aspecto del que se sabe vencido de antemano—. Todo es suyo por supuesto. No puedo evitarlo…

—Eso es, amigo —rió el tipo flaco, bizqueando de modo desagradable—. Una medida muy prudente. Hace bien en no discutir. Wolff y yo no gustamos de…

—¡Imbécil! —rugió el pelirrojo—. ¡No digas nombres! Sabes que no me gusta… Usted, empiece a poner ahí sus cosas. Y nada de trucos. Cualquier tontería, significará que le cortaré el cuello limpiamente, ¿entendido?

Asentí. Empecé a poner cosas en una especie de amplia saca de piel que traían consigo, de color oscuro. Algo más allá, a un borde del sendero, descubrí, habituada ya mi vista a la oscuridad de la noche, un carruaje tirado por dos mulos. Sin duda era su medio de transporte a través de la sombría región.

No me fiaba de ellos lo más mínimo. Empezaba a temer

seriamente por mi vida. Ahora, yo sabía que uno de la siniestra pareja, el pelirrojo, se llamaba Wolff. Ese error de su compinche, podía serme funesto a mí. ¿Se arriesgarían a que yo fuese luego a la policía, denunciando que de los dos tipos que me atacaron, uno era un tal Wolff, recio y pelirrojo? No me gustaba aquello. Ni tampoco el modo de mirarme Wolff, mientras yo iba depositando mis preciados objetos en su negra bolsa.

Cuando llegué al final, mis bolsillos estaban vacíos, con excepción del talonario de cheques. Wolff me miró, desconfiado. Evidentemente, la suma recogida en dinero no le satisfacía. Era poco para un caballero en viaje, como suponía que era yo.

—Me está engañando —silabeó, acercando muy peligrosamente el filo de acero a mi cuello, en gesto amenazador—. Tiene que llevar más dinero. Eso apenas si es nada, para andar viajando por ahí…

—Llevo dinero… pero no en efectivo —suspiré—. Son talones bancarios. Véalos…

Se los mostré. Me los arrancó de la mano y ojeó el talonario, malhumorado. Luego, me estudió hostilmente.

—Firme uno —dijo—. Póngale una suma y firme, ¡pronto! Al portador, claro…

Eso es lo que acabó de convencerme. Sentí un escalofrío. El tipo no me haría firmar esa noche un cheque que él no podría presentar en la oficina bancaria local hasta el día siguiente, si yo continuaba con vida. Era elemental suponer que me faltaría tiempo para informar a la policía y dar aviso al Banco para que no pagaran el cheque. Wolff acababa de desenmascarar sus malignas intenciones, llevado por la codicia.

—No —negué, rotundo—. No firmaré nada.

—¿Se ha vuelto loco? —aulló él, mirándome con ojos dilatados —. ¡Firme eso… o morirá ahora mismo con su cuello rebanado, imbécil!

—Moriré de todos modos —dije tranquilo, fríamente—. Sólo estando muerto, usted podría cobrar, y lo sabe. Se ha delatado ante mí. Van a asesinarme de todos modos. Así que… no colaboraré en darle más ganancias a cambio de mi vida.

—¡Has cometido un error, Wolff! —rezongó el otro, malhumorado—. ¡Debiste medir tu lengua!

—¡Y tú la tuya, Hyde, maldito cerdo! —aulló el pelirrojo Wolff, exasperado—. ¡Te dije que no quería nombres! ¡Desde que me nombraste, sentenciaste a muerte a este tipo!

Era todo lo que quería saber. Me precipité sobre Wolff. Era lo único que podía hacer ya por vender cara mi vida.

Wolff se revolvió contra mí rabiosamente. Su navaja centelleó. Me cortó, junto a la oreja, y sentí el chirrido del acero sobre mi piel y mi carne, al tiempo que segaba mechones de mi patilla y cabellos. Fue un golpe doloroso, pero me excitó lo suficiente para lograr pegar un mazazo formidable, con mis nudillos, sobre su sien. Cayó como un fardo, a mis pies, jadeando medio inconsciente. Perdió la navaja.

Pero en ese preciso momento, su compinche, el flaco y desagradable Hyde, mostróse más peligroso que hasta entonces. No estaba desarmado, como yo imaginaba. Había sacado de entre sus ropas una negra pistola con la que me encañonó, centelleantes sus ojos de excitación.

Vi que la amartillaba, chillando al mismo tiempo, con voz desesperada:

—¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que matarle…!

Su propia desesperación, su miedo, eran mi peor enemigo. Supe que iba a hacerlo. Que en el instante inmediato apretaría el gatillo. Y brotaría la bala. A, aquella distancia, mi muerte era cosa cierta. Inevitable.

* * *

No supe de dónde había llegado. Ni dónde estaba un momento antes, para que yo no le hubiera visto. Creo que eso es algo que jamás sabré.

Pero estaba allí. Y eso era lo importante.

Estaba allí, en medio del sendero, a espaldas del hombre que iba a disparar sobre mí su pistola amartillada. Detrás también del caído Wolff, que se agitaba, medio aturdido, recuperándose por momentos y haciendo más peligrosa mi ya desesperada situación.

No supe de momento cómo era ni quién podía ser. Era un hombre que se ponía de mi parte, y eso ya era bastante. Creo que mucho más de lo que podía soñar unos momentos antes. Tal vez había surgido de entre los sombríos arbustos cercanos a nosotros, en la cuneta del sinuoso sendero de tierra húmeda y enfangada. Fuese

como fuese, le vi alzar en su mano el objeto largo y rígido, rematado en una especie de pera plateada, que golpeó de forma brutal, seca y contundente, la nuca de mi enemigo.

Un bastón. Intuí que era solamente un bastón con empuñadura de plata. Y era esa misma pesada empuñadura la que había caído de forma demoledora sobre el armado Hyde. Le vi pegar un respingo, con sus ojos desorbitados. Se le disparó el arma.

Por fortuna, el golpe había sido lo bastante fuerte como para sacudirle con tal violencia, que su mano se alzó, y al oprimir el gatillo por pura inercia, la bala brotó muy elevada, bastantes pulgadas por encima de mi cabeza, perdiéndose en la oscura noche mientras retumbaba en el silencio el pistoletazo seco, enervante.

Cayó Hyde, con rostro como petrificado, justo a mis pies. Oí el choque fofo de su cuerpo en la tierra fangosa. Se quedó quieto, como si estuviera muerto, aunque yo sabía que no podía estarlo. El golpe era duro, pero no mortal, ni mucho menos.

Aturdido, medroso, su compinche, el pelirrojo Wolff, se incorporó, buscando con mano insegura y ávida su navaja. El desconocido parecía saber de antemano lo que el otro intentaba. Su sangre fría en las reacciones y procedimientos que utilizaba, me dejaron realmente anonadado.

Volvió a levantar su bastón. Pero no golpeó la cabeza de Wolff, ya de por sí bastante resentida por mi agresión. En vez de ello, con rápido además, tiró de la caña del bastón. Desenfundó algo que iba dentro de esa negra caña. Se quedó con la pera de plata en sus dedos enguantados… ¡pero ahora, en vez de un bastón, era un agudo estoque lo que esgrimía mi desconocido y providencial salvador!

—Un movimiento más, amigo, y viajarás a la eternidad, como mereces —silabeó el hombre, apoyando la punta de su estoque en la garganta del caído, que le miró con vivo horror—. ¿Qué decides?

Wolff ni se movió. Su rostro pecoso tenía ahora el color de un brochazo de cal. Temblaba amedrentado, separando sus manos de la centelleante hoja de acero caída en el barro.

—No, no, por favor… Caballero, no lo haga… ¡No me mate, por el amor de Dios!…

El desconocido le contemplaba con aquella hermética frialdad suya que tanto me impresionaba. Había algo de desprecio en su voz

al hablar:

—No nombres a Dios… Ensucias su nombre con tu boca, bastardo… Vamos, álzate de ahí. Recoge a tu compinche. Marchaos pronto. Y no volváis a asaltar a nadie en los caminos. Quizás sería lo último que haríais en este mundo… ¡Vamos, fuera de aquí!

Y su pie, calzado con un botín lustroso e impecable, que el barro no parecía haber ensuciado, se apoyó en la navaja abierta, hundiéndola en el fango. Wolff, entre tanto, ayudaba a su compañero a ponerse en pie, tambaleante, como ebrio. También la pistola quedaba en tierra, pero ninguno hizo acción de recogerla. Poco después, ambos granujas se alejaban a la carrera, subían al carruaje tirado por dos mulos, y se escapaban casi al galope, poniendo tierra por medio entre ellos y nosotros.

Me quedé durante un cierto espacio de tiempo callado y meditativo. Contemplé, a mis pies, la gran bolsa oscura, conteniendo todo lo que los rufianes trataron de robarme. Alcé los ojos. Miré al hombre.

—Gracias —dije—. Me salvó la vida.

—Es posible —admitió él, encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Usted hubiera hecho igual por mí, estoy seguro.

—Sí, lo hubiera hecho —asentí—. Pero lo cierto es que era yo la víctima segura esta vez. No creí que hubiera salvación posible. No le vi ni le oí llegar…

—Tenía que ser así. La gentuza de esa calaña es difícil de sorprender, créame. Llevan demasiados años robando a vivos… y a muertos.

—¿Muertos? —repetí, sorprendido.

—Sí. No sólo asaltan viajeros confiados y solitarios. Cuando no hay forasteros a quienes desvalijar, tienen el cementerio cercano. Siempre hay algún sepultado que lleva algo de valor… aunque sean dientes de oro. Esos bribones se dan buena maña en sacar los cadáveres de sus tumbas y librarles de todo lo que valga algo. He visto más de un cuerpo desenterrado… y con la dentadura rota, arrancada brutalmente de sus encías, para obtener dos o tres piezas dentales de oro…

—Es horrible… —Me estremecí—. No parecen humanos…

—Creo que no lo son. Los ladrones de la Muerte acostumbran a ser peores que alimañas. Para ellos no existe nada realmente

sagrado. Y uno no sabe qué condenar más en ellos. Porque los muertos no pueden gritar. Ni defenderse. Pero los vivos tampoco consiguen mucho defendiéndose de ellos…

Hablaba como si conociera muy a fondo ambas cuestiones. Estaba enfundando de nuevo su estoque en la funda o caña de color negro que, una vez acoplada al puño de plata, convertía otra vez su arma blanca en un inofensivo bastón.

Le contemplé en silencio. Algo de verdad hubo en las palabras apuradas de Wolff, el salteador pelirrojo. Aquel hombre era un caballero. Se había dirigido a él con tal definición, y no era nada errónea.

Nunca había visto un hombre tan alto, tan esbelto y tan elegante. Yo presumo de ser un individuo de muy notable estatura. Sin embargo, a su lado no tenía nada que hacer. Al menos me llevaba cuatro pulgadas[1], y era más delgado que yo. Además, al vestir totalmente de negro, aún parecía más alto y flaco. Negro era su macferlán, negra su levita, negros sus pantalones, zapatos charolados y su sombrero de copa alta, de reflejos.

El rostro era anguloso y pálido, pero de ardientes ojos negros, fulgurando allá, en el fondo de sus acentuadas cuencas. Nariz fina, delgada, boca apretada, de labios enérgicos, largas y bien cuidadas patillas de cabello oscuro, salpicado de canas, rostro afeitado y de fría expresión. Así era el caballero a quien debía la vida. Había algo impresionante en él. Me hubiera gustado saber lo que era.

—La noche es fría y húmeda —dijo él de repente, quizás al notar que yo me limitaba a estudiarle, sin pronunciar palabra alguna—. No apetece permanecer aquí quietos, soportando sus inclemencias, ¿no le parece?

—En efecto —admití. Me encogí de hombros, tras haber recuperado hasta mí última pertenencia, el reloj de oro de mi padre —. Pero ¿qué podemos hacer? No tengo carruaje alguno. Debo ir a pie.

—¿A pie? ¿Hasta dónde, señor?

—A Kearney Castle. Estoy invitado. En la estación no había carruaje de ninguna clase. He debido emprender la marcha o quedarme allí aterido, hasta el nuevo día. Creo que aún dista bastante de aquí…

—Más de una milla —suspiró el desconocido—. Casi milla y

media, señor[2]. Demasiada distancia para hacerla de un tirón, en una noche oscura, con un terreno que usted no conocerá bien, y que abunda en zonas pantanosas… Dentro de media milla, poco más o menos, este sendero se interna entre marismas. Hay peligro allí, si no se conoce perfectamente la región. ¿Es la primera vez que visita el Yorkshire?

—La primera, sí —resoplé—. Y espero que sea la última…

—Nunca se sabe —él se encogió de hombros, pensativo. Echó a andar de repente, a mi lado—. De todos modos, será mejor hacer un alto en el camino, a menos de media milla de aquí.

—¿Un alto? ¿Dónde?

—Hay una cantina abierta casi toda la noche: Las Armas del Rey. Sirven muy buena cerveza y mejor *whisky*. Si uno tiene suerte, incluso se puede pernoctar en ella, aunque no sea fonda ni parador. ¿Le parece bien beber allí un trago, antes de alcanzar Kearney Castle, señor…?

—Talbot —dije—. Víctor Talbot, de Londres…

—Bien, señor Talbot, ¿qué decide? —Me preguntó, parándose en medio del camino, para contemplarme, con cierta sonrisa amable y casi cínica en su enjuto rostro descolorido—. Oh, perdón… Mi nombre es Graham. Manfred Graham, para servirle, señor Talbot.

—Gracias, caballero —me incliné cortés ante él—. En cuanto a lo que me pregunta, creo que lo mejor es aceptar ese trago, al amor de un buen fuego, y bajo techado, antes de seguir viaje al castillo… Pero una pregunta más, por favor, señor Graham.

—Las que quiera, señor Talbot… —Los ojos oscuros, brillantes, entre irónicos y misteriosos, se fijaban en él como adivinando de antemano sus palabras, a base de intuir sus propios pensamientos.

Luché con esa rara sensación de que aquel hombre sabía de antemano lo que yo iba a decir, y expuse mi interrogante:

—¿Por qué ha dicho que si uno tiene suerte, puede dormir allí, aunque Las Armas del Rey no sea fonda ni parador?

—Muy sencillo —me guiñó un ojo, antes de echar a andar nuevamente—. Bastará con que usted le caiga bien a una joven llamada María… María Travers, exactamente. Ella no le podrá ofrecer posiblemente un dormitorio confortable…, pero sí un pajar donde dormir caliente… y en compañía.

CAPÍTULO II

MARÍA TRAVERS…

El caballero Manfred Graham tenía la rara virtud de acertarlo todo. Y de conocer muy a fondo a la gente. Cuando menos, a la gente de aquella región del Yorkshire.

Era la cantinera más exultante y agresiva que recordaba haber visto. Ni siquiera las camareras de los garitos de peor condición de Londres se hubieran mostrado tan procaces como ella. Con la diferencia de que María Travers tenía ese aire cándido y sano de las hembras de campo, tan diferentes a las enfermizas y pálidas de Soho, de Whitechapel o de Blackfriars.

María Travers, además de tener unos pechos como cántaros, macizos y ostentosos, poseía unas mejillas coloradas, unos muslos recios, unas pantorrillas musculosas y unas caderas tan rotundas como sus nalgas bien respingonas y redondeadas.

Era rubia, de claras pupilas, de labios muy carnosos y nariz respingona. Podía tener veinte años, y también treinta. Las mozas de pueblo eran difíciles de clasificar por su edad. Vivía con su padre: Rosco Travers, el cantinero. Mucho más gordo que ella, fornido y feo como un demonio. Muy pelirrojo, pelo enmarañado y ojos pequeños y congestionados, casi tan rojos como su abultada nariz. No dude en calificarle como un borrachín habitual.

—No estuve seguro en principio si, como decía Manfred Graham, tendría lecho cálido durante aquella noche, en la cantina. Pero al menos, María se mostró obsequiosa con nosotros y me dirigió frecuentes sonrisas, aun antes de que yo, tras servirnos dos jarras de buena cerveza, le diese una generosa propina al pagar.

Al retirarse con el dinero y dejarnos solos a los dos en la mesa, ante nuestras respectivas jarras espumeantes, noté como una descarga eléctrica en mi cuerpo. La exuberante anatomía de María había rozado mi cuerpo durante dos o tres segundos, no supe si por

azar o intencionadamente. A través de la tela ligera de sus ropas de pueblerina, llegué a captar el calor y el aroma silvestre de su carne dura y turgente.

Traté de olvidarla mientras me volvía hacia mi compañero de mesa. Noté la ironía, el sarcasmo en su voz y en su gesto, e incluso en aquel raro, lejano brillo profundo de las oscuras simas de sus ojos.

—Y bien, señor Talbot, ¿no encuentra acogedora esta cantina solitaria, perdida en una región tan inhóspita y poco agradable? —me preguntó.

—Sí, mucho —admití, contemplando el fuego en la chimenea, las mesas y bancos de madera, todos vacíos ahora, los cristales emplomados, de colores, en ventanas y puertas—. Pero no se puede decir que esté muy frecuentada…

—Bueno, la hora y la época del año no son nada propicias —sonrió el caballero Graham—. Ya sabe. La gente tiene miedo a muchas cosas: la oscuridad, la noche, el invierno, los pantanos, la soledad, los salteadores de caminos como esos dos, Wolff y Hyde… Y los fantasmas, claro.

—¿Los fantasmas? —Pregunté, sorprendido, alzando la cabeza —. ¿Qué fantasmas?

—Bueno, nunca se sabe… —Se encogió de hombros, aburrido—. Hay muchas clases de fantasmas, amigo mío. Los que realmente existen… y los que no existen si no en las mentes de los miedosos.

—¿Es que existe algún fantasma? —dudé.

—Ya veo. Usted no cree en ellos —sonrió.

—No. No creo en ellos —admití.

—Por lo tanto, no creé en otra vida…

—Es algo más complejo que eso. Puede haber esa otra vida, señor Graham. Pero ¿por qué habría que temer a quienes allí moren? ¿Por qué pensar en que los fantasmas son visibles, si ya están en otro mundo diferente al nuestro?

—Como usted dice, todo es muy complejo. Pero existen condicionamientos, a veces.

—¿Condicionamientos? —Mi voz reflejó asombro—. ¿Qué clase de condicionamientos?

—Bueno, imaginemos que alguien… pasa de una existencia a otra. Y por determinada razón, debe regresar a su anterior modo de

vida, para dejar algo resuelto de modo definitivo. Puede existir un Tribunal en el Más Allá… que sopese y sentencie conforme a cada caso. Habrá quien no vuelva jamás. Y habrá quien pueda volver por un tiempo.

—Es una teoría peregrina —reí entre dientes, después de tomar un trago de cerveza—. Según usted, los fantasmas no serían seres atormentados, que vagaran entre nosotros, para amedrentarnos o para vengarse de los vivos en alguna forma…

—No, no, ¡qué tontería! —Ahora fue él quien se echó a reír, al parecer de muy buena gana—. Señor Talbot, la Muerte debe ser algo muy serio; mucho más serio que esas fantasías de simple superstición ignorante…

—¿Ni siquiera cabe en lo posible… invocar a los muertos, traer a los difuntos en una sesión de espiritismo, pongamos por caso? —sugerí.

—Usted, evidentemente, no cree en esa posibilidad —me reprochó, serio—. ¿Por qué lo pregunta, entonces?

—Por nada —otra vez aquel hombre lograba leer en mis pensamientos, saliéndome al paso de una cuestión que yo mismo quizás no sabía enfocar adecuadamente—. Pretendía saber si esa posibilidad era más factible, a juicio suyo.

—Podría serlo… en determinadas circunstancias muy concretas —me dijo con entonación enigmática. Luego se encogió de hombros—. Pero sería inútil discutirlo con una persona que no tiene fe en que, más allá de la Muerte y de las Tinieblas de lo eterno, exista otra forma de vida muy diferente a la nuestra… Usted no iba a admitir fácilmente mis opiniones, señor Talbot. Alguien me enseñó que, sobre religión, política y temas de ultratumba es difícil la discusión. Y, más aún, el llegar a un acuerdo.

—Hablando de religión, señor Graham, en estas regiones acostumbran a ser muy religiosos, a tener gran fe en Dios… ¿Por qué, entonces, las supersticiones? ¿Por qué creer en cosas que esa misma religión niega?

—Por favor, señor Talbot, no mezclemos a Dios y a los difuntos. No todavía, hasta el Juicio Final. Ahora, creo que Dios interviene tanto en los problemas de los muertos como en los de los vivos. A veces, mucho. A veces, nada. Somos los hombres quienes moldeamos nuestro propio destino. Tal vez lo que es válido en

vida… lo sea también en la Muerte, ¿no se le ha ocurrido pensar en ello, señor Talbot?

Moví negativamente la cabeza. No, no se me había ocurrido. Es más, encontraba absurdo todo lo que decía Manfred Graham, mi interlocutor. Pero su lenguaje, su expresión, tenía algo de persuasivo que me preocupaba. Parecía tan fácil ser convencido por él…

—¿Y el Diablo? —Pregunté de repente—. ¿No es posible que seres condenados al infierno, poseídos por Satán en su alma, tras la muerte, deambulen por ahí, con propósitos demoníacos?

—Usted me dijo que no creía en fantasmas ni espectros. ¿Por qué defiende ahora esa teoría?

—No la defiendo. Hago una simple pregunta que pueda justificar las supersticiones del populacho. Se habla de licántropos humanos, de vampiros, de no-muertos… ¿Puede existir ese mundo de ultratumba, señor Graham?

—Pueden existir muchas cosas, amigo Talbot, que a usted y a mí podrían erizarnos los cabellos, estoy seguro —sonrió el caballero, tomando un trago de su propia cerveza. Me miró, pensativo, antes de añadir con lentitud—: Yo mismo… yo mismo podría ser alguien de ultratumba, ¿no ha pensado en ello? Un ser llegado del Más Allá, Talbot…

—¿Usted? —Me eché a reír de buena gana—. Eso sí tiene gracia… ¿Dónde está el chiste, en realidad?

—En ninguna parte —se inclinó hacia mí. Sus ojos eran dos brasas candentes—. ¿Recuerda usted a esos dos rufianes, Wolff y Hyde?

—Claro, ¿cómo no recordarlos? —Me estremecí, contemplando mi dorada cerveza—. Ahora, podría estar yo muerto en el camino, en vez de hallarme aquí, tomando una cerveza…

—Muy cierto, amigo mío. ¿Por qué no ha sido así? Porque yo aparecí justo a tiempo, y salvé su vida… Pero ¿podría usted decirme de dónde llegué yo…, cómo aparecí en el camino tan oportunamente? Usted… ¿usted me vio llegar?

—No —confesé, inquieto. Recordé que ya había pensado antes en ello, aunque apartando de mi mente tal idea—. No le vi llegar. No sé de dónde salió. De repente, estaba usted allí, como… como salido de la misma tierra, como materializado de súbito…

—Eso es —sonrió complacido—. Por tanto, yo… yo podría ser un fantasma, Talbot. Un ser llegado de ultratumba…

—¡Qué tontería! —Me eché a reír, y rápidamente extendí el brazo, tocando el suyo, su ropa, su cuerpo—. Es usted tangible, real. Se le puede tocar y ver. Está bromeando a mi costa, señor Graham.

—¿No cree en los aparecidos que conservan su aspecto físico, su aparente corporeidad? —me preguntó, con una peculiar expresión irónica.

—Si no creo en los inmateriales… ¿cómo podría creer en otros más insólitos aún? —Sacudí la cabeza, riendo—. A fe mía que debe estar gozándola esta noche gracias a mí, señor Graham. ¿Es su modo de cobrarse el favor que me hizo? No puedo negar que es precio barato por una vida… Puede seguir riéndose a mi costa.

—Perdone —su rostro se tornó repentinamente serio, muy serio. Puso sus manos enguantadas de negro sobre la mesa—. No quise burlarme de usted en ningún momento, Talbot. Aunque no lo crea, hablaba enteramente en serio. ¿Quién se burlaría de un hombre joven, inteligente, culto y de buena familia, que ha sido invitado por los Kearney, precisamente por su condición de experto abogado y por su sorprendente facilidad para resolver las más difíciles charadas, problemas de ajedrez, *puzzles* y enigmas policíacos, en simple plan de investigador *amateur*?

—¿Qué? —Le miré, atónito. Di un salto en mi silla, de tal modo que derramé parte de la jarra de cerveza sobre las tablas de la mesa. Aquel hombre apacible, sentado ante mí, tuvo de repente a mis ojos, mucho de fantástico e increíble. Musité, con un hilo de voz—: ¿Cómo… cómo pudo usted saber… todo eso de mí? Yo nada le he referido de mi persona… ¡Nadie en el Yorkshire puede conocer tantos detalles sobre mí!

—Temo que se equivoque —sonrió, tranquilo—. Alguien en la mansión Kearney debe conocerlos, cuando se ha molestado en llamarle…

—Entiendo —me froté el mentón, más calmado—. Usted conoce a los Kearney…

—Yo conozco a mucha gente, mi querido señor Talbot —suspiró. Hizo un gesto a la cantinera, pidiendo en voz alta—: Dos cervezas más, por favor. Y un paño. Se ha derramado una jarra en la mesa…

María Travers se apresuró a traernos otras dos jarras repletas.

Esta vez, pagó mi extraño compañero. Y otra vez, al marcharse, la cantinera se rozó contra mí, de una forma ya ostensible. Cuando se alejó, mi sangre bullía un poco más en las venas.

—Puede estar tranquilo —bostezó mi acompañante, con un gesto cínico—. Dormirá usted aquí esta noche. Vea a Travers. Apenas si se sostiene en el mostrador. Se irá a dormir de un momento a otro. Y la cantinera se quedará sola… con usted.

—¿Y usted? ¿Se marcha? —indagué.

—Sí, Talbot. Yo debo seguir mi camino. Tengo cosas que hacer. Y no peligro. Conozco bien el lugar. Muy bien…

—Usted parece conocerlo todo: gentes, sitios… Me intriga, Graham. Me pregunto si es, realmente, de este mundo…

—Vaya, parece que el clima del Yorkshire empieza a influir sobre su imaginación —se echó a reír el caballero de negras ropas —. Yo…

En ese momento, un hermoso gato gris, que deambulaba por el amplio local perezosamente, ronroneó, apartándose de la lumbre, y caminó hacia la única mesa ocupada, quizás de regreso a su habitual cubículo para dormir.

Yo estaba mirándole distraído, por pura casualidad. El animal se acercó a la mesa, mirándome con sus amarillos ojos muy abiertos. Siempre he tenido algo especial para los animales. Perros y gatos se me aproximan con frecuencia, intuyendo que seré cariñoso con ellos.

Y así era. Sonreí, distraído, mientras hablaba mi compañero, y extendí mi mano, para acariciar su lomo. El animal se detuvo junto a la mesa. Iba a rozarle, cuando él giró de repente la cabeza. Se quedó con los ojos clavados en Manfred Graham.

Sucedió algo imprevisto. El animal erizó su pelo gris, se arqueó su lomo y soltó un bufido más de pánico que de agresividad. Luego, emitió un largo, lastimero maullido… y echó a correr, como si hubiera visto al diablo en persona, perdiéndose por una de las salidas del local sin volver una sola vez su cabeza.

Me quedé ceñudo, contemplando fijamente a mi interlocutor. A nuestras espaldas, se abrió alguna puerta. Una bocanada de aire frío y húmedo penetró en la cantina. Tintineó la campanilla de la entrada. Oí la voz de María Travers, saludando jovial, mientras Graham seguía contemplándome con extraña expresión:

—¡Oh, Cusak!, ¿qué haces tú por aquí a estas horas? Mala noche hace hoy para andar vendiendo de sitio en sitio… Yo te hacía ya en la cama…

—Bueno, es lo que pensaba hacer, María —sonó una voz rasposa, de fuerte acento norteño, y evidentemente perteneciente a un hombre de escasa cultura—. Pero me detuve ante los ajusticiados… y se me quitaron las ganas de volver a casa. Creo que necesitaré una copa o dos, antes de irme a dormir. Al menos, para olvidar cómo oscilaban sus cuerpos en el aire, cómo crujían las horcas de las que pendían esos pobres diablos…

—¿Ajusticiados? —Me llegó el tono de María Travers con un leve matiz de horror y sorpresa—. ¿A quiénes te refieres? No sabía que hubiera ejecuciones estos días…

—¡Oh!, pues ve carretera arriba, y los encontrarás… Cuelgan de dos horcas, junto al sendero, camino de Kearney Castle. Esos espectáculos siempre me dan miedo y asco, María. Dame un vaso de vino, preciosa… ¡Oh!, parece que tienes clientela. Y caballeros de postín… Señores, compren algo al buen Cusak. Tengo de todo: perfumes, cajas de rapé, tabaco, sortijas, adornos, lo que quieran…

Sacudí la cabeza, aburrido. Un buhonero. Abundaban en todas partes, por entonces. Pero no había esperado encontrar uno en aquel paraje y a aquellas horas. Le miré de soslayo, algo disgustado, cuando se aproximó a nuestra mesa. Su caja de mercancía colgaba de sus hombros con dos anchas bandas de cuero. Era un hombre flaco, pequeño, algo deforme, cojeaba ligeramente, y tenía unos singulares ojos, redondos y salientes como dos globos de vidrio azul. Sus ropas eran humildes, oscuras y deterioradas. Me sonreía con sus dientes amarillentos de tabaco, obsequioso y amable, mostrándome sus chucherías de escaso valor.

No tenía intención de comprar nada. Le tiré unas monedas al pote que formaba parte de su «establecimiento» ambulante, y donde llevaba otras pocas piezas de poco valor, al tiempo que le decía:

—No quiero nada, gracias. Tómese una copa. Está invitado, amigo.

Su sonrisa se hizo más amplia. Iba a darme las gracias, ceremonioso, casi emocionado. Y entonces, sus ojos redondos y abultados se clavaron en Manfred Graham.

Ocurrió algo singular.

Entreabrió la boca, como si fuera a decir algo, balbuceó entre dientes no sé qué… y luego retrocedió con viveza, empezando a temblarle los dedos que tocaban sus baratijas de la caja.

—Dios… ¡Dios del cielo! —murmuró con tono ronco fervoroso, y estoy seguro también que un tanto amedrentado—. Dios mío, no es posible… ¡No es posible!

Se persignó vivamente, retrocediendo con mayor rapidez. Golpeó una mesa, desplazándola de su lugar, y derribó un taburete, en su huida inexplicable hacia la salida. Cuando la campanilla tintineaba, al abrirse la puerta para darle paso, observé que seguía persignándose una y otra vez, como si hubiera visto ante sí al mismísimo diablo.

Se perdió en el exterior, en la fría y oscura noche. María parecía tan sorprendida como yo mismo. Nos miró, perpleja. Luego, contempló la puerta recién cerrada, la campanilla, aún oscilando, con un leve tintineo musical, casi absurdo ahora.

—No lo entiendo… —Manifestó—. ¿Qué le ha ocurrido al bueno de Cusak?

—Evidentemente… es como si hubiera visto a Satanás —comenté, sacudiendo la cabeza.

—¿Verle? —Ella hizo un encogimiento de hombros y sonrió, escéptica—. Lo veo difícil, señor, aunque el diablo estuviera esta noche en mi establecimiento.

—¿Por qué? —quise saber, intrigado.

—Es muy sencillo —susurró—. ¿No se han dado cuenta? Es ciego…

—Ciego… ¿Se ha dado cuenta, Graham?

—¿De qué era ciego ese pobre diablo? Algo intuí. Recuerde que habló de los ajusticiados en el camino, citando sólo «cómo oscilaban sus cuerpos, cómo crujían las horcas…». No nos dijo nada de sus caras, de su aspecto. Se guía sólo por ruidos, por esa rara intuición del invidente…

—También nos mencionó a nosotros. Nos intuyó, sin duda. Y añadió que éramos gente de posición… ¿Puede ver eso un ciego?

—Más claramente, a veces, que nosotros mismos. Notan la presencia de otras personas. Su fino oído les dice cuántas. Su olfato, si huelen bien o mal. ¿No se ha fijado nunca en la gente vulgar, soez, la plebe de estos lugares, despide olor a sudor, a abandono, a

mil aromas que un buhonero ciego puede captar con suma sensibilidad? Nosotros, amigo Talbot, vestimos ropas limpias, usamos jabón, agua de colonia… Todo eso, un ciego lo nota sin dificultad. ¿Resuelto su pequeño misterio?

—No del todo —manifestó secamente—. Él se quedó absorto ante nuestra mesa. Atemorizado incluso… ¿Por qué? Escapó de aquí sin beber siquiera una copa, como… si hubiera visto al diablo, pese a toda su ceguera.

—Tal vez los ciegos sí puedan ver al diablo —rió entre dientes Graham, mirándome con aire divertido—. Nunca se me había ocurrido esa posibilidad.

—¿Por qué tuvo que ser aquí, junto a nuestra mesa, señor Graham? También antes, el gato pareció asustado, escapó bufando… ¿Por qué todo eso?

—Parece que me está acusando a mí, Talbot. ¿De veras cree que yo soy el diablo?

—Pues… no sé qué pensar —confesé, aturdido—. Usted me dijo hace pocos instantes… que existían los espíritus, los fantasmas de otro mundo…

—Claro. Pero eso no significa que yo sea uno de ellos. O Satanás, como usted imagina —soltó una breve carcajada—. Mi querido amigo, su imaginación es muy fértil. Me sorprende eso en un hombre que debe repartir su vida entre la abogacía y las pesquisas más o menos deductivas… Imaginé que los hombres como usted, sólo se dejaban guiar por el frío razonamiento. Y por todo aquello que puede ser lógico y factible.

—Así ha sido… hasta que llegué esta noche a esta región, señor Graham —suspiré—. Algo especial me sucede. Me gustaría saber lo que es.

—¿Le preocupa acaso su visita a Kearney Castle? —me interrogó, inclinándose hacia mí.

—Pudiera ser que sí. La invitación no dice gran cosa. Austin Kearney me invita a una semana en su residencia. Añade que teme algo. Que necesita a un abogado y a un policía privado. Nada de escándalos. Sólo en familia debe resolverse la cuestión. Y es grave. Es cuanto dice. Añadió un giro postal de mil libras. Es mucho dinero para decirle que no me interesan sus cuestiones familiares. Yo soy profesional de la abogacía. Y detective privado, sólo por

hobby, por simple placer. Me apasiona un problema de ajedrez, un *puzzle* complicado, una charada. Mi padre me enseñó todo eso. Y un primo mío, me adiestró en la investigación analítica. Se dio cuenta de que yo gustaba de los misterios, de aquello difícil de resolver. Y comprendió que mi curiosidad, mi apasionamiento por el tema, iba mucho más allá de un simple tablero de ajedrez, de unos fragmentos por encajar o de unas frases dispuestas significativamente para ser despejadas como una incógnita algebraica. Por eso me hice investigador privado. Un investigador aficionado, por supuesto.

—Pero que recibe mil libras por un caso que le ocupará una semana —suspiró el misterioso caballero Graham—. Singular, Talbot. No hay abogado en todo el Reino Unido que cobre una minuta semejante, ni siquiera por salvar de la horca a un condenado.

—Lo sé. Kearney me paga más por mi condición de investigador que por la de abogado, me doy perfecta cuenta. Lo que ocurre es que ignoro qué me espera en Kearney Castle.

—La Muerte.

—¿Qué? —Me incliné hacia él, sobresaltado. Lo había dicho así, con simplicidad Como el que menciona algo trivial y sin importancia. Esperaba ver una sonrisa, un asomo de ironía o de burla en su rostro. No capté nada de eso. Manfred Graham era una perfecta máscara inexpresiva. Un hombre que me contemplaba, absorto, acaso ausente.

—La Muerte, amigo mío —repitió—. Eso es lo que le espera en Kearney Castle.

—¿Qué… qué es lo que está diciendo? —Sacudí la cabeza, perplejo—. Eso no tiene ninguna gracia, señor Graham.

—No pretendo que la tenga. Ya estuvo a punto de morir en el camino. Tuvo suerte. Pero en una segunda ocasión puede ser muy diferente, amigo mío. Esa vez no se tratará de dos rufianes sin imaginación, sino de alguien mucho más inteligente y frío.

—¿Quién? —quise saber, en tensión.

—Si lo supiera… —Graham se encogió de hombros—. Ni siquiera frecuento el llamado castillo de Kearney, que no es tal, sino simplemente una mansión con dos torreones y unas almenas que no encajan demasiado con el resto de la edificación. No sé quién podrá

desear su muerte entre aquellos muros. Pero existe ese peligro, no lo dude.

—Para hablar así, sin duda sabe algo. Ha tenido que conocer algún detalle…

—Sólo lo que le he dicho, puede creerme. No vaya al castillo, y salvará su vida. Es todo lo que puedo decirle. Al amanecer, pasa otro tren por el apeadero. Va de regreso a Londres. ¿Por qué no volver a la estación y tomarlo sin vacilar?

—Parece que quisiera usted echarme de aquí, enviarme lejos de la región…

—¿Yo? —Graham sonrió, irónico—. Cielos, nada más lejos de mi mente. Simplemente, le doy a elegir entre la vida o la muerte. Es todo.

—Renunciar al castillo, es renunciar a mil libras. Mi situación no es boyante en la actualidad, señor Graham. Tener abierto un bufete en Londres, sin mucha clientela, es un negocio ruinoso. Ese dinero puede salvar mi situación económica.

—A los muertos, el dinero no les sirve de mucho, Talbot —me avisó Graham, sombrío.

Le miré, inquieto. ¿Estaba tratando sólo de asustarme? ¿Le interesaba alejarme de allí de un modo definitivo? Sabía tan poco acerca de aquel hombre… Su comportamiento no era sólo enigmático, sino que a su alrededor parecía existir algo, un clima inquietante y como irreal…

—No me da miedo la muerte —confesé de pronto, apurando mi cerveza—. Sólo hay algo que me gustaría, si realmente he de morir de forma violenta, a manos de alguien…

—¿Qué, amigo Talbot? —Sonrió, mirándome con rara expresión —. ¿Qué es lo que le gustaría a usted, en caso de ser muerto en forma violenta; asesinado, por decirlo concretamente?

—Me gustaría… volver a la vida.

—Eso no parece muy probable. Ni siquiera posible —suspiró él.

—Lo sé. Pero me gustaría disponer luego de un plazo, por breve que fuese. Regresar al mundo de los vivos… y tener otra oportunidad.

—Una oportunidad… ¿de qué?

—De desenmascarar a mi asesino. De salvar a otros de una muerte parecida… Sé que no puede ser. Pero si ese pacto fuese

posible con… con la Muerte… yo lo haría.

—Todo pacto significa ofrecer algo, a cambio de algo. Una vez muerto, amigo mío, ¿qué podría ofrecerle usted a la Muerte?

—No creo en esos pactos satánicos, en la venta del alma al Diablo. Pero le ofrecería otra vida. Sencillamente eso: la vida de otro ser. La vida de mi asesino, a cambio de mi regreso condicionado a ese mundo…

—Es una extraña oferta —reflexionó Graham, pensativo—. La Muerte no tiene nunca prisa. Tarde o temprano… cobra su pieza. ¿Por qué tendría que pactar en esas condiciones?

—Oh, olvide el asunto —hice un gesto evasivo, y me puse en pie, al notar que el padre de María desaparecía, trastabillando, por la escalera ascendente, de madera, y su hija procedía a recoger mesas y taburetes e ir apagando luces de queroseno en el establecimiento solitario del camino principal hacia los pantanos y las tierras de los Kearney—. Creo que nos están echando con cierta diplomacia. Vayamos afuera. A seguir nuestro camino.

—Ya. ¿Usted sigue el suyo… hacia Kearney Castle? —me preguntó.

—Sí —apreté las mandíbulas—. Sigo ese camino. A pesar de todo.

—Muy bien —suspiró, encogiéndose de hombros—. Cada hombre es dueño de elegir su propio destino, amigo Talbot. Pero observe a la cantinera. No le quita ojo. Su padre se retiró ya, ebrio como una cuba. No despertará hasta dentro de diez horas, cuando menos. Hágame caso. No siga su camino en la noche. Quédese aquí.

—Señor Graham, eso es imposible —sonreí—. ¿Qué… qué le digo a ella? No tiene habitaciones, no admiten huéspedes…

—Vamos, vamos, mi querido amigo. No necesita hacer nada de eso. Salga conmigo. Lo demás, vendrá solo. Ya lo verá…

No quise replicarle nada. Salimos al exterior. María Travers parecía decepcionada por algo. Me miró, cuando abría la puerta y tintineaba la campanilla. Yo le miré a ella, arrebujándome tras el cuello del macferlán, para no recibir el soplo helado y húmedo de la inclemente noche. Sentí un leve estremecimiento. Ella se inclinó, para recoger unos vasos y, como al azar, se abombó su escote en la blusa de ligero tejido estampado. El vello rubio de su nuca, incitaba a caricias prohibidas. Dominé mi excitación y salí definitivamente

al exterior. La puerta de vidrios emplomados se cerró tras de nosotros, con otro campanilleo. Las últimas luces de petróleo, se apagaban allí dentro.

—Bien, amigo —dijo Graham de pronto—. Yo me marcho ya. Le deseo suerte. Para esta noche… y para lo sucesivo. Va a necesitarla, estoy seguro.

No supe qué contestarle. Me tendía su mano, enguantada de negro. La apreté con fuerza. Era un extraño amigo el tal Manfred Graham. Pero le debía mucho. Y no podía olvidarlo.

—Gracias por todo —murmuré—. Nunca olvidaré que le debo la vida…

—¡Oh, no lo crea! —sonrió—. Son cosas del destino. Hay quien asegura que uno no muere, en tanto no ha llegado su verdadera hora. Eso es todo, amigo. Buenas noches.

Se alejó, en dirección opuesta a la que yo seguía. Como si fuese hacia el apeadero ferroviario perdido en el páramo. Se fundió pronto en la oscuridad, no sé si porque estaba ya demasiado lejos para ser visible… o porque él mismo parecía formar parte de esa oscuridad de la noche.

Sacudí la cabeza. Giré la mirada en sentido opuesto. Me dispuse a emprender la nueva etapa del camino, pese a las tinieblas, al frío húmedo, al peligro de los pantanos y a los malos presagios de Manfred, Graham.

No pude evitar un escalofrío. Ya casi lo había olvidado por completo. El buhonero ciego y su extraña huida, el gato bufando, amedrentado… Y el comentario del vendedor ambulante, sobre unos cuerpos colgando, un chirrido de madera en los cadalsos…

Allí estaban. En el recodo inmediato del sendero. El aire mecía sus cuerpos lúgubremente en la noche. Era cierto que el chasquido de la madera vieja que les servía de soporte, se percibía incluso desde allí, con cada oscilación de los cadáveres.

Me acerqué a los ahorcados. Prendí un fósforo y lo alcé, mirando los cuerpos que, como era norma en la época, en los senderos de Inglaterra, acostumbraban a ser ahorcados y dejados allí hasta que las aves de rapiña les vaciaban los ojos y picoteaban sus rostros horriblemente, no sé si para castigar más cruelmente a los criminales, o para ejemplo en los demás.

Lancé un grito de horror. Los rostros crispados, lívidos y

desfigurados de los dos ahorcados, eran perfectamente reconocibles.

—¡Wolff y Hyde! —gemí—. ¡Los dos bribones que me asaltaron…!

¿Cómo era posible que en tan corto espacio de tiempo hubieran caído en manos de la Justicia, pereciendo en la horca? ¿Fue realmente la Justicia la que les dio el castigo merecido?

Tenía mis dudas. Creo que, de no haberse dado el caso de que el caballero Manfred Graham estuvo todo el tiempo en mi compañía… yo le hubiera considerado a él capaz de semejante escarmiento.

No supe qué hacer. Retrocedí unos pasos, tambaleante. Cuando la mano se puso en mi cuello, me costó mucho contener el alarido de terror que pugnó por escapar de mi garganta.

* * *

—No, por Dios, no se asuste… —gimió la voz, junto a mi oído—. Soy yo, señor…

Me volví. Aun arrebujada en aquel manto negro, la rubia y opulenta cantinera era inconfundible. Contemplé a María Travers con una mezcla de alivio y sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí? —murmuré, roncamente. La aparté del lugar—. No debe ver eso…

—Por desgracia, estoy habituada a esos espectáculos —dijo ella tristemente—. La justicia victoriana no se diferencia mucho de la de otros tiempos pasados. Los malhechores siguen colgando en los caminos de Inglaterra, como despojos que puedan escarmentar a los demás. Es… ¡es abominable! Cada noche que en esas horcas cuelga alguien, me siento incapaz de dormir. Me encuentro sola, desamparada… Siento verdadero terror.

—Pero está su padre, el señor Travers…

—¡Oh, mi padre…! —Su voz sonó despectiva—. Va tan lleno de alcohol al acostarse, que ni un terremoto le despertaría. Es como un tronco adormecido que ronca y despide hedor a cerveza, a ginebra y a sudor… Por favor, señor, necesito a alguien en casa esta noche… o moriré de miedo…

—Bueno, yo voy a Kearney Castle, pero el viaje nocturno no es muy alentador. Sin embargo, aunque quisiera quedarme de huésped por una noche en su albergue… no vi nada, referente a habitaciones por alquilar…

—Señor, hay una habitación arriba, en el altillo… No es muy

lujosa, no lo que usted merece, sin duda alguna, pero podría valer. Sólo por esta noche, y sé que dormiré feliz, créame.

La miré. Aun en la oscuridad de la noche, capté el brillo de sus ojos excitados. Estaba tan cerca de mí, que las palpitaciones de su cuerpo parecían llegar al mío. Recordé lo que dijera Manfred Graham… ¿Es que aquel condenado hombre lo sabía todo?

—Está bien —dije—. Vamos allá, señorita Travers. Dormiré en su casa.

—¡Oh, gracias, señor, gracias…! —Aferró mis brazos con calor, se apoyó en mí, y capté la dureza de su seno, agitado por una respiración entrecortada—. Venga conmigo, se lo ruego…

La seguí. Había dos razones para acoger con agrado su oferta. Una, evitarme el viaje a través de los pantanos en plena noche oscura. Otra, la posibilidad de que pudiese yo prestar a aquella mujer la compañía nocturna que necesitaba…

Y así fue.

La habitación del altillo era pequeña, incómoda y de toscos muebles. Pero mejor que un vulgar granero.

Las sábanas limpias y crujientes invitaban más a la aventura amorosa que el heno o la paja. Si algo había de campestre en aquel idilio, ya lo ponía el aroma silvestre de la rubia María Travers.

Esa noche, María no pudo quejarse de soledad en el lecho. Ni de tener tiempo para pensar en los dos ahorcados del sendero…

El nuevo día, nuboso y triste, nos encontró dormidos. Descansé poco tiempo. Me despedí de María prometiendo volver. Sólo así se hizo más breve su apasionada despedida.

Cuando seguí camino adelante, procuré no mirar a los ajusticiados. Los pájaros habían dejado sus cabezas convertidas en guiñapos sangrantes, muy poco gratos de contemplar.

Llegué a Kearney Castle sobre las once de la mañana. Me sentía tan cansado como si hubiera llegado caminando desde Londres, sin dormir siquiera. María Travers resultaba peor que un viaje de cien millas, a pie. Pero también más grata…

Me recibió el propio Austin Kearney, el mayor de los Kearney, como dueño de la finca. Una vez más, Manfred Graham había tenido razón: la casa no era propiamente un castillo, sino una vieja mansión del siglo XVIII, restaurada con dos torreones y unas almenas, para darle el aire de castillo.

Recibí la primera sorpresa apenas pisé Kearney Castle y su propietario, Austin, hubo estrechado mi mano calurosamente, pareciendo muy complacido por mi llegada.

—Lo cierto es que ya había empezado a dudar que acudiera —comentó—. Le esperaba a usted anoche…

—Pude haber llegado anoche —admití—. Pero desconozco los senderos de la zona pantanosa, y alguien me aconsejó pernoctar previamente. Es lo que hice. De día, es menos arriesgado llegar. Los avisos en los tramos peligrosos son muy visibles a la luz diurna.

—Muy prudente, señor Talbot —aprobó él. Y entonces me dio la sorpresa, pegándose un leve golpe en la frente, al recordar algo—. ¡Oh, por cierto! Antes de que lo olvide… Hay un mensaje para usted…

—¿Un mensaje? —dudé—. ¿Para mí? Será de alguien de ustedes, señor Kearney. Nadie sabe que he venido a su casa…

—Me temo que ninguno de nosotros le dejase un mensaje —sonrió él—. Todos estamos en esta casa. Esperándole, Talbot… Tome. Éste es el mensaje.

Lo recogió de una bandeja de plata, sobre una repisa, y me lo entregó. Sorprendido, leí aquella letra angulosa, elegante y cultivada, en el sobre color crema, de recio papel.

Sólo llevaba dos líneas escritas:

_Mr_. VÍCTOR TALBOT
Kearney Castle

Lo abrí, pensativo, y desdoblé la única hoja de papel cremoso que contenía. La misma letra me informó allí de su increíble contenido:

«Está pactado, Talbot. Morirás una vez. Quizás pronto. Y quizás volverás a la vida. No lo sé. Es todo lo que puedo hacer por ti. Luego… ya todo dependerá de ti mismo y del destino».

No llevaba firma. Ni fecha. Ni lugar de origen. Lo releí, perplejo… y de pronto, lancé una imprecación.

El papel estaba en blanco. ¡La escritura acababa de borrarse ante mis propios ojos!

—¿Ocurre algo especial, Talbot? —se alarmó Kearney, dirigiendo una instintiva mirada al papel que yo sostenía entre mis manos.

—No, nada… —Alcé los ojos, le miré, y dije la única excusa que me vino a la mente, en tanto trataba de dominar mi aturdimiento—. Debe ser una broma, señor Kearney. Vea… El papel está en blanco…

* * *

Así fue mi llegada a Kearney Castle.

Yo no podía sospechar, pese a las advertencias de Manfred Graham, que me parecían tan lejanas y absurdas en esos momentos, que justamente en esa misma fecha de mi llegada, durante las horas de la noche, yo, Víctor Talbot… iba a ser asesinado.

Así fue.

Así ha sido.

Ahora, mi cuerpo sin vida, reposa en la cripta de los Kearney.

Mientras tanto… ¿qué es lo que ocurre bajo este techo dónde la Muerte me esperaba, como alguien me previno?

¿Qué es lo que hacen y piensan esas personas, entre las cuales hay un asesino? Un personaje que me asesinó a mí… y que ahora está planeando, sin duda, la muerte de otra persona.

Porque eso es lo que vino realmente a hacer aquí: matar a alguien que no era yo.

Pero yo, Víctor Talbot, abogado y detective privado por afición, le estorbaba. Tenía que morir, incluso antes de que llevara a cabo su crimen premeditado. ¿Por qué?

No lo sé. Sólo sé que me gustaría volver. Volver entre ellos, los vivos. Y tratar de saber quién entró esa noche en mi alcoba, detrás de aquella asustada mujer… Saber quién era el encapuchado asesino a quien una mujer llamada Crystal Cannon, hizo entrar en mi dormitorio.



SEGUNDA PARTE: ¡…Y después de morir!

CAPÍTULO PRIMERO (En tercera persona)

AUSTIN KEARNEY contempló sombríamente a todos los reunidos.

El amanecer era lívido y triste. Los nubarrones se condensaban sobre el castillo y sus alrededores, como una mortaja sombría. La lluvia caía con menos fuerza, pero aun así, los pantanos del Yorkshire se ocultaban ahora, traicioneros, bajo las aguas que inundaban la campiña. Arriesgarse a salir en aquellas circunstancias, era una forma segura de suicidarse, que ningún ocupante de Kearney Castle parecía decidido a afrontar.

En el amplio salón de la residencia, frente a la amplia galería encristalada que asomaba al jardín inundado de agua, se acomodaban, dispersos en grupos, todos los invitados a la reunión dispuesta por Austin Kearney con tan trágicos resultados.

Crystal Cannon continuaba en un rincón, sumida en un silencio amargo, que de vez en cuando rompía en un ahogado sollozo, atrayendo hacia ella todas las miradas de los presentes. Pero nadie se atrevía ahora a interrumpirla, alterando su voluntaria soledad.

Roy Kearney, el hermano menor de Austin, jugueteaba con las figuras de un ajedrez bellísimo, con mesa-tablero de madera noble, y piezas de marfil y ébano, mientras el doctor Norman Essex contemplaba el sombrío jardín, de espaldas a todos, y Malcolm O'Neal fumaba una pipa de espuma, mientras hojeaba un volumen tomado de la vecina biblioteca. A su lado, Lorna Lawson y Calvin Lee charlaban entre sí en voz baja, con murmullos apenas audibles.

Eran siete personas totalmente anonadadas todavía por la terrible impresión de la pasada madrugada. Eran muchas las miradas que, frecuentemente, dirigían algunos de ellos por encima de los setos, altos y frondosos, o a través de los árboles, pelados por

la acción del frío cierzo invernal del Condado de York, en dirección a un determinado lugar, inmediato a la casa: la cripta funeraria de los Kearney.

Allí reposaba un hombre, todos lo sabían muy bien. Un hombre muerto. El reposo eterno para un hombre, casi un desconocido, llamado Víctor Talbot. Un hombre reclamado por Austin Kearney, como invitado muy especial a su reunión por una semana. Invitado para descubrir a un asesino.

Un asesino que, evidentemente, y aunque a todos —a todos menos uno—, pudiera parecerles imposible, era uno de ellos. Los otros seis personajes, debían preguntarse una y mil veces cómo podía ser que una de aquellas honorables personas, presentes bajo el noble techo de Kearney Castle, fuese… un criminal sin piedad ni escrúpulos.

La entrada de un nuevo personaje, hizo pensar a esos seis que no eran asesinos, en la posibilidad de que los siete pudieran ser inocentes, después de todo. Y en ese caso, el culpable no podría ser sino…

—Hola, Shimon —saludó Roy, con un suspiro de relajamiento, incorporándose para ayudar al hombre que acababa de aparecer en el salón, con una bandeja repleta de servicios de té, café, leche, azúcar, tostadas, mantequilla y mermelada—. Trae todo eso aquí. No sé si tendremos apetito, pero alguien puede necesitar un refrigerio, al menos hasta las diez en que estará el desayuno listo…

Shimon Clark, el mayordomo, asintió, depositando las viandas sobre una mesa supletoria ovalada. Muchos ojos se fijaron en él, acaso con ese interrogante en su cerebro. Pero el rostro del veterano sirviente había sido siempre inexpresivo. Y esta vez no era ninguna excepción. Entre sus patillas canosas, largas y frondosas, una máscara de indiferencia por todo, es cuanto hallaron los recelosos. Cuando Shimon se hubo retirado, mientras Roy depositaba los servicios en forma que cada cual tomara para sí lo que le apeteciera, fue Calvin Lee quien hizo un inoportuno comentario:

—¿Podría ser ese hombre, Austin, el asesino que nos acecha a todos en tu casa?

—Calvin, siempre serás un clasista —se quejó amargamente Austin, mirando a su joven invitado—. ¿Es que solamente un servidor, un criado, puede ser un criminal? ¿Ninguna persona

honorable ha sido jamás ahorcada por asesinato en Inglaterra?

—Bueno, era sólo una posibilidad —se quejó Calvin Lee, ceñudo, acusando el golpe—. Me resisto a pensar que uno de entre nosotros…

—Todos nos resistimos a pensarlo —se encogió de hombros Malcolm
O'Neal
—. Pero hay algo que no admite discusión. Víctor Talbot, ese joven abogado, vino de Londres a investigar un posible crimen, la presencia de un criminal en Kearney Castle. Y alguien decidió eliminarle antes a él. Quizás con eso allane su camino e impida ser descubierto. Creo que ese joven abogado londinense era muy astuto y muy hábil como investigador.

—No lo demostró demasiado en esta ocasión —replicó Calvin, siempre agresivo.

—Nadie puede impedir que un asesino le ataque por sorpresa, aprovechándose de cualquier circunstancia favorable a sus siniestros propósitos —comentó el doctor Essex, volviéndose lentamente, y echando a andar hacia ellos desde la galería—. Oí decir que ese muchacho, Talbot, era primo lejano de una persona que le enseñó a cultivar su ingenio en la solución de problemas deductivos y cosas así… Su primo es hombre muy experto en tales cosas…

—¿De veras? —Indagó Colin Lee, distraído—. ¿Quién es ese primo suyo?

—Un médico escocés… Mitad psicólogo, mitad espiritista… Un tal Arthur Conan Doyle[3].

—Vaya… —Silbó entre dientes el joven Lee, sorprendido—. No deja de ser significativo el parentesco… Pero nuestro joven abogado no tuvo la misma fortuna que el personaje de Baker Street… (*El personaje de Conan Doyle, Sherlock Holmes, residía, según su autor, en la calle Baker de Londres, como sin duda sabrá ya el lector*).

—La realidad no es una simple novela, Colin —se quejó Austin Kearney amargamente—. Ése fue mi gran error: pensar que él podría resolver esta charada… y evitar un crimen, desenmascarando, a la vez, a su fallido autor, para enviarlo definitivamente al patíbulo.

—Perdona, querido amigo Austin —le interrumpió Malcolm

O'Neal
—. Nadie va a la horca por intento frustrado de asesinato. Hace falta haber cometido el delito para ser condenado…

—Lo sé, Malcolm —admitió gravemente Austin Kearney—. Pero en este caso, el asesino no sería ahorcado por ese crimen… sino por el que cometió hace ya tiempo en esta misma casa… No un crimen, para ser exactos. Un doble crimen.

En ese momento, Crystal Cannon lanzó un grito de terror. Y se desvaneció.

* * *

—Crystal… Crystal, ¿estás mejor?

—Sí, sí, doctor Essex… Gracias. Estoy mucho mejor… —Los ojos de la joven, grandes y luminosos, de un profundo tono verde, casi esmeralda, se clavaron en el médico y en los demás. Luego, tras una leve duda, su mirada se encontró con la de Austin Kearney, y bajó la cabeza—. Debes perdonarme, Austin. Creo que estoy creándote muchos problemas en esta ocasión…

—Los problemas no importan demasiado, Crystal, pero ¿por qué te ocurren todas estas cosas? —El dueño de la casa se aproximó a ella con paso firme—. Eso es lo que más me preocupa en todo esto, puedes creerme. Tus llantos, tus lamentos sin sentido… y ahora eso, el desvanecimiento, el grito… Nos asustaste a todos. Los sobresaltos van seguidos en esta casa. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te obligó a gritar… y a desmayarte?

—Me da vergüenza confesarlo, Austin. Yo… la verdad, creo que estoy demasiado impresionada… y vi visiones, cosas imposibles…

—¿A qué le llamas tú «cosas imposibles»? —quiso saber Roy, el hermano menor de Austin, aproximándose también al grupo.

—Bueno, yo… yo creo que, en ese momento, a través de las vidrieras de la galería que da al jardín… vi a alguien deambular por el jardín…

—¿Por el jardín? —Parpadeó Austin. Luego, soltó una carcajada —. Seguro. Quizás sería Shimon, el mayordomo… O Stuart Kidder, el jardinero… Eso no tiene nada de particular, Crystal…

—No, no era Shimon. Ni Kidder tampoco —rechazó la joven, incorporándose en el sofá, con su pálido rostro muy alterado—. Juraría… juraría que esa persona… salía de la cripta, Austin.

—¿Qué? —El mayor de los Kearney cambió una mirada de

estupor con Roy, su hermano, y también con el doctor Essex, que abrió mucho sus ojos, mirando con asombro a la joven—. ¿Qué es lo que has dicho, Crystal?

—Lo siento, Austin. Te digo lo que vi… o creí ver. Y no es eso lo peor. Es que…

—¿Qué? —La alentó ahora el propio doctor Essex, intrigado—. ¿Qué más vio?

—Sé que me tomarán por loca, pero… pero vi a ese hombre… al muerto… a Víctor Talbot.

Reinó un profundo silencio en el salón tras las palabras de Crystal Cannon. Luego, fue Colin Lee quien se echó a reír de buena gana, sacudiendo la cabeza al levantarse de su asiento. Luego, para más sorpresa de todos, aplaudió con entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Bravo, Crystal, querida! ¡Permite que me descubra ante tu arte! Has demostrado ser digna de triunfar en la escena, como deseas. Nunca una actriz representó mejor su papel… en la vida real. Y este escenario es más difícil que cualquiera de Londres, puedes creerme.

Antes de que Austin, Roy o el doctor Essex pudiesen hablar, fue la propia Crystal la que se revolvió, enfrentándose airada con su interlocutor. Su cinismo parecía haberla enfurecido realmente.

—Oh, Colin, eres odioso… —jadeó—. ¡Yo nunca pretendería representar nada fuera de un escenario, para ayudarme en mi carrera! Me resultas despreciable…

—Muy amable, querida —se inclinó, sarcástico, en burlona reverencia, el joven de aire despectivo, rubio, pálido y aristocrático —. ¿Algo más para tu improvisado público en este sainete que pretendes añadir a un drama real, como es la muerte de ese joven Talbot?

—Quizá sí, Colin Lee —replicó ella, incisiva, cambiando su lividez por un repentino rubor en sus mejillas—. Quizás tenga mucho que decirte a ti. Y a los demás. Porque a fin de cuentas… ¿quién me pidió a mí anoche, en esta misma casa, que le ayudara a representar una farsa, visitando a Víctor Talbot, haciéndole abrir su puerta, para que luego un encapuchado le aterrorizara con una especie de grand guignol, que le hiciera temblar de pavor al gran abogado e investigador particular?

—¡Crystal, éste no es momento de hablar de eso! —clamó Colin,

palideciendo—. ¡Te pedí que no hablaras de ello! ¡Me prometiste silencio… y ayuda!

—Exacto, Colin. Pero eso era antes de que Víctor Talbot fuese realmente asesinado… Ya no hay motivo para callar. Yo te ayudé anoche. ¿Por qué no confiesas tú ahora que aprovechaste el juego, la pretendida farsa… para matar a Víctor Talbot ante mis propios ojos?

—¡Crystal! —Aulló Colin Lee, con gesto de horror—. ¡No puedes decir eso en serio!

—¿Tú qué crees? —le desafió ella, ante el mudo asombro de todos los demás, cuyas inquisitivas, casi acusadoras miradas, se centraban por completo ahora en el rubio joven.

—Crystal, yo… yo te pedí ese juego, es cierto —resopló él, malhumorado—. Admito que quise hacerle una mala pasada a Talbot, burlarme de él… Pero luego cambié de idea. No hice nada. Nada, Crystal. Y tú debes saberlo. Eras la que habías de ayudarme.

—¡Y te ayudé, Colin! —Gritó ella, acusadora, estallando en sollozos otra vez—. ¡Te ayudé, tú bien lo sabes! ¡Te dejé entrar en la habitación de Talbot… y luego… luego LE MATASTE delante de mí! ¡Y aun así, juro… JURO que acabo de verle vagar por ese jardín! ¡Juro que el difunto Talbot deambulaba por entre los setos, hace sólo un momento!

* * *

—Ha sido una acusación muy grave, Crystal…

—Lo sé, Austin. Lo sé muy bien. Llevo horas luchando conmigo misma, debatiéndome en este horror que me atormenta… ¿Sabes lo que es fingir, representar una farsa para asustar a un hombre, prácticamente a un desconocido… y luego ver que ese hombre es asesinado por la persona que le pidió a una participar en ese juego?

Austin Kearney la miró, pensativo. Estaban solos él, ella y Roy Kearney. Había preferido que fuese así, tras la tremenda acusación efectuada por Crystal Cannon ante todo el mundo, en el salón de la residencia de Yorkshire.

—¿Estás dispuesta a sostener eso ante el constable Kevin Francis y ante el juez? —quiso saber el joven Roy, ceñudo, estrujándose nerviosamente las manos.

—Sí. Y bien dispuesta —afirmó ella, rotunda—. Es la pura verdad.

—Un momento, Crystal —paseó por la estancia Austin Kearney, mientras ella le miraba, con gesto de angustia—. Vayamos por partes. Puedes jurar que Colin te dijo eso.

—Sí.

—Todos sabemos cómo es Colin. Bromista, cínico y desagradable. Le gusta molestar a los demás. Pero eso no basta para ser un criminal. ¿Te dijo cómo iría a la habitación de Víctor Talbot anoche?

—Sí. Enmascarado. Con una caperuza.

—Ya. ¿Quedasteis citados en alguna parte de la casa, a alguna hora concreta?

—Claro. Dijo que a las dos menos cuarto de la mañana, me esperaría en el corredor superior, junto a la armadura del ángulo oeste. Así lo hice. Esperé. Y él llegó.

—¿Quién llegó, Crystal?

—¿Quién iba a ser? Él. Colin.

—¿Le viste el rostro en alguna ocasión?

—No hacía falta. Iba encapuchado. Y acudía a la cita. ¿Hace falta algo más?

—Pudiera ser que sí —admitió secamente el joven Roy, pareciendo entender el juego dialéctico y deductivo de su hermano Austin—. Crystal, ¿nunca se quitó la caperuza él?

—No, nunca. No creo que fuese preciso. Yo… sabía que era él.

—¿Por qué? ¿Le identificaste? ¿Su voz, su figura, sus palabras…?

—Nada de eso. El hecho de acudir. Si no era él… ¿quién sería?

—Exacto, Crystal —habló con repentino énfasis Austin Kearney —. ¿QUIÉN sería? Si no fue Colin…, ¿pudo ser otro? ¿Había alguien que pudiera oíros vuestro plan esa noche?

—No —negó ella, rotunda—. Estábamos solos en la biblioteca.

—La biblioteca… —Roy pegó en un mueble con su mano abierta —. Hay muchas cortinas y muebles allí. Y una iluminación mediocre, casi siempre. ¿Pudo haber alguien oculto escuchando, Crystal? Aunque no lo vieseis… ¿pudo haberlo? Sólo quiero saber eso.

—Bueno, pudo haberlo, sí… pero no lo creo. Yo no vi a nadie —rechazó ella, abriendo sus verdes ojos con asombro—. ¿Qué pretendéis darme a entender?

—Mira, Crystal, formas parte de esta reunión, porque eres amiga, gran amiga de dos personas concretas, además de nosotros mismos —dijo Austin, muy serio—. Tú sabes a quiénes me refiero.

—¿Seldon… y Eileen? —aventuró ella débilmente.

—Sí. Seldon, nuestro hermano —afirmó Austin—… Y Eileen. Eras su mejor amiga. Estabas aquí cuando… cuando ellos dos murieron. Por eso te pedí que vinieras. Lamento que ese estúpido juego de Colin Lee te haya creado un trauma semejante. Personalmente, no creo que Colin fuese capaz de matar a Talbot. El asegura que cambió de idea, se le olvidó la cita, se quedó adormilado, ya no acudió. Pero un encapuchado se reunió contigo. Y te utilizó para que Talbot se confiara y abriese su puerta. Parecíais haberos hecho buenos amigos durante la noche, lo advertí… Otros lo notarían también. No debes sentirte culpable de nada por eso. Creíste seguir un juego teatral, una simple diversión. No pensaste que, en vez de Colin, un asesino iba contigo.

—O un Colin que ya no era el cínico bromista de siempre… sino un asesino —aventuró Roy con gesto excitado.

—Sí —admitió Austin gravemente—. Un asesino que ya mató una vez por partida doble, Crystal. Uno de los que entonces estuvieron aquí, en Kearney Castle… y que también ahora están…

—De modo que es eso… —Crystal Cannon giró sus ojos asustados hacia Austin—. Era una trampa preparada para dar caza al asesino de tu hermano Seldon… y de Eileen. Pero resulta que el cepo no ha funcionado. Y uno de tus triunfos ha sido destrozado ya: Víctor Talbot, el hombre encargado de examinar, de vigilar a los presentes, de ver quién pudo, de entre todos nosotros, matar aquella vez a tu hermano mayor… y a Eileen.

—Exacto, Crystal. —Austin Kearney se mordió el labio inferior —. Sin embargo, algo ha fracasado en todo mi juego. No sé lo que es, pero ha fracasado lamentablemente. Ya no son sólo dos muertos, sino tres. El asesino tenía miedo de Talbot. Y lo eliminó. Ahora… ahora matará a la única persona que le estorba de entre nosotros.

—¿A quién, Austin? —quiso saber ella, angustiada.

—Si yo lo supiera… Fue alguien de nuestro grupo, Crystal — silabeó Austin, aflojándose el cuello de su camisa de seda rizada—. Alguien que sabemos fue testigo del doble crimen aquel día… y lleva ya muchos, muchísimos años de silencio, sin querer hablar, sin

revelar su secreto…

—Son ya siete años, Austin… —gimió Crystal.

—Sí. Siete años de la muerte de Seldon y de Eileen. Siete años de silencio para alguien. Un silencio que pesa, que lacera, que quema. Pero el testigo tiene miedo. MIEDO, Crystal, ¿comprendes? Y no habla, no quiere hablar, no quiere revelar el gran secreto de aquella fecha. El asesino sabe que él conoce su secreto. Pero es difícil atacarle, porque yo creo saber quién es ese testigo. Y lo hago vigilar constantemente, para que no sea atacado, para que no peligre su vida…

—¿Crees saberlo? —Su joven hermano Roy le miró, preocupado—. Austin, de una cosa así, hay que estar totalmente seguro… No bastan simples sospechas sobre alguien, compréndelo. Se trata de la muerte de nuestro hermano mayor, de Seldon. De quien sería ahora el dueño de todo esto, el heredero de los Kearney… y el cabeza de familia que eres tú, hermano. Y se trata de Eileen. De Eileen
O'Neal,
la esposa de nuestro amigo Malcolm…

—Su esposa, sí —aceptó Austin—. Aunque se dijera que era, también, la amante de nuestro hermano Seldon…

—Pero Austin, todos saben que un forajido, un evadido del presidio mató a ambos… —musitó Crystal, abatida.

—Oh, sí, eso es lo que dijo todo el mundo. Y el pobre diablo pagó esa culpa. El constable Francis le sorprendió huyendo, con joyas de Eileen y dinero de Seldon… Tuvo que matarle. Pero él no fue el asesino. Yo recibí el anónimo del testigo de ese doble crimen. No daba su nombre. Pero afirmaba que el forajido no mató a los dos. Era algo que yo sospechaba ya. Ese anónimo bastó a convencerme. Desde entonces, estoy tratando de averiguar la verdad. Y se me ha ocurrido este juego. Admito que, por el momento, con resultados totalmente nefastos… Pero sigo creyendo saber quién es mi testigo. Y debo protegerlo.

—¿Quién es, Austin? —preguntó Roy, su hermano.

—No, Roy. Ni siquiera a ti puedo revelarte tal cosa —suspiró Austin, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo? ¿No te fías de mí? ¿De tu propio hermano? —Se dolió el más joven de los Kearney.

—No es eso, pero… prefiero callar. Guardar yo sólo mi secreto…

—Austin… ¡Me avergüenzo de que seas mi hermano mayor, el amo de este lugar, de todas las propiedades, como primogénito que eres! Pero recuerda que lo eres gracias a que murió Seldon. De modo que… tampoco tú estás para mí libre de sospecha, hermano…

Y salió airadamente de la estancia. Tras un tenso silencio, Crystal siguió al joven Kearney, musitando entre dientes:

—Lo… lo siento, Austin. Sufro mucho con las disputas familiares… Ojalá sea cierto lo que dijiste… y yo no tenga tanta culpa como creo en la muerte de Talbot. Pero insisto, Austin: o estoy loca… o vi a ese hombre, al muerto, por entre los setos del jardín…

Salió, dejando a Austin Kearney sumido en un profundo y amargo silencio.

Encendió un cigarrillo y se sirvió una copa de oporto. Paseó con movimientos fatigados por la biblioteca. De repente, una voz musitó a su espalda, con tono grave:

—Hola, Austin. Perdona si te interrumpo, pero… pero creo que sabes ya, desde hace bastante tiempo, que yo soy la persona condenada en esta maldita casa, ¿no es cierto? En suma: que yo soy el único testigo de la muerte de tu hermano y de Eileen O'Neal…

Despacio, fríamente, Austin Kearney se volvió hacia el recién llegado. Alzó su copa de oporto y asintió, respondiendo con voz serena, impasible:

—Sí, doctor Essex. Siempre lo supe… Entre, por favor, amigo mío.

CAPÍTULO II

ESA chica, Crystal… me ha visto.

Sí, me ha visto. Lo sé. La vi incorporarse, clavar sus ojos en mí… Gritar. Y luego derrumbarse en el sofá del salón.

Me vio. Sabe que he vuelto… He vuelto de un lugar de donde nadie volvió jamás. No sé lo que pensará. Pero sé lo que pensaría yo, en su lugar. Pobre chica…

Después de todo, franqueó el paso a mi asesino. Le ayudó, fue su cómplice. Pero ahora sé por qué. Sé muchas cosas más. Cosas que sólo sabían los ocupantes de esta casa. La gente de Kearney Castle resulta rara. Muy rara. Todos ocultan algo, según parece…

Tiene algo de divertido este juego de ahora. Macabramente divertido. No logro hacerme invisible, como dicen que son los espectros. En tal caso, no soy un espectro. Ni un fantasma. ¿Qué soy, exactamente? Me gustaría saberlo. Pero mi mente parece trabajar más deprisa. Me muevo con mayor rapidez. Y silenciosamente. Quizás sí sea un fantasma. Pero de una naturaleza diferente a lo que la gente supone.

Crystal me vio. Otros pueden verme de igual modo. He extremado mis precauciones, eso es todo. Me muevo por Kearney Castle como un auténtico ser de ultratumba. Sólo que, a veces, tengo la sensación de que puedo morir otra vez. De que no soy un ser totalmente vivo… ni enteramente muerto.

Pero existo, de alguna forma. Pienso, actúo… ¿No es eso suficiente? Y muchas cosas se me presentan claras. Muy claras. Como la siniestra historia de esta finca. Una historia que empieza con un doble crimen, en una fría y lluviosa tarde del otoño de Yorkshire.

Un doble crimen con dos víctimas aparentemente no relacionadas entre sí: el hermano mayor, el primogénito de los Kearney, y la esposa de Malcolm

O'Neal,
administrador de la familia Kearney, y notario de la vecina población.

El autor oficial del crimen, figura en cualquier crónica de la época, hace ya más de siete años… Dennis Seale, homicida evadido de la cercana prisión de los Moors, a quien sorprendió el constable local, Kevin Francis, huyendo con joyas y dinero, de Kearney Castle. El fugitivo se resistió a ser arrestado, y murió víctima de los disparos del policía de la localidad.

Ésa es la versión oficial. Ambos cadáveres, tras el doble crimen, habían sido despojados de sus objetos de valor. ¿Un robo real, o sólo un pretexto para crearse una coartada el asesino, permitiendo que esos bienes fuesen a manos de un delincuente sobre cuya culpabilidad pocas dudas podrían recaer?

Dicen que los muertos pueden verlo todo. Lo siento. No estoy de acuerdo con esa versión de los hechos. Yo estoy muerto, eso es evidente. Pero no puedo ver tanto como dicen. Puedo intuir cosas, adivinar otras muchas. Pero saberlo todo… no.

Quizás sea una forma especial de estar muerto. No sé si estoy a un lado u otro de la frontera, o justo en medio. Lo que sé, es que tengo mi oportunidad. He vuelto. Sé que puedo descubrir a mi asesino.

Y eso, me hace recordar cierto mensaje que se borró ante mis ojos:

«Está pactado, Talbot. Morirás una vez. Quizás pronto. Y quizás volverás a la vida. No lo sé. Es todo lo que puedo hacer por ti. Luego… ya todo dependerá de ti mismo. Y del destino…».

Y recordé ciertas palabras de un hombre misterioso, llamado Manfred Graham:

«En Kearney Castle… le espera la Muerte… Hay quien asegura que uno no muere, en tanto no le ha llegado su verdadera hora…».

Y mis propias palabras, en la cantina de María Travers…

«Si fuera asesinado… me gustaría volver a la vida. Y desenmascarar a mi asesino…».

Sí. Eran muchos recuerdos extraños. Muchas veladas insinuaciones de lo que ahora, justamente ahora, estaba sucediéndome…

Detuve mis pensamientos, mis recuerdos de otra vida que ya no

me pertenecía. Traté de concentrarme en otras cosas. En la actualidad. En los problemas que me afectaban. En la gente reunida en Kearney Castle. En un asesino. En varias víctimas. Y en un testigo asustado…

* * *

Les contemplé desde mi emplazamiento, en lo alto de la escalera. Todos estaban reunidos allá abajo. Todos charlando entre sí, desasosegados y nerviosos. La tensión bajo aquel techo, era evidente. Creo que incluso crecía por momentos.

Ellos sabían que un ser humano reposaba en la cripta ahora. Bueno, no era exactamente así, pero ellos ignoraban algunas cosas al respecto. Sólo Crystal, la jovencita de los grandes ojos verdes lo sabía. Sólo ella me había visto, estaba seguro. ¿Lo creía… o imaginaba haberlo soñado? ¿Lo creían los demás? Evidentemente, no. No había visto a nadie dirigirse a la cripta, como hubiera sido lo lógico en ese caso.

Ya iba enterándome de más detalles sobre la trágica historia de Kearney Castle, y el doble crimen de siete años atrás. El caballero de la pipa de espuma, Malcolm O’Neal, era administrador de la familia Kearney, y notario en el lugar. Era el viudo de Eileen O’Neal, la mujer asesinada junto a Seldon Kearney aquel día. ¿Qué hubo realmente entre esa dama y su acompañante? Malcolm parecía sospechar lo peor, aunque se callara discretamente. Y creo que los otros dos hermanos Kearney tampoco estaban muy seguros de la honestidad de la víctima. Un triángulo, en todo caso, trágicamente concluido por una mano asesina.

Evidentemente, eran muchos los que parecían capaces de haber llegado al crimen. El propio O’Neal, si sospechaba algo y lo había comprobado… El mayor de los Kearney, que así se convertía automáticamente en el primogénito y dueño legal de todo…

Mis ideas se detuvieron en ese momento. Abajo estaba sucediendo algo. Una agria disputa entre dos personas, que los demás escuchaban atentamente, en un tenso silencio:

—Lorna, supongo que hablarás en broma, ¿no es cierto? —Era Calvin Lee quien hablaba, con su habitual tono despectivo y seguro de sí.

—Me gustaría que fuese así, pero no es una broma. Calvin, tu papel en todo esto dista mucho de estar claro —le replicaba Lorna Lawson, aquella dama alta, morena, de oscuros ojos y sorprendente elegancia, que apenas si despegaba los labios habitualmente en las reuniones de Kearney Castle—. Crystal me ha contado lo de tu broma macabra de anoche…

—Oh, ¿eso? —Calvin parecía fastidiado por el tema—. Escucha, Lorna, ya he dicho a todo el que ha querido oírme, que pensé en gastarle una broma a nuestro invitado, Talbot, apareciendo en su alcoba como un misterioso asesino. Pero luego me dormí, olvidé toda esa tontería… Crystal, con quien realmente se encontró, fue con el criminal, que ocupó mi lugar, para matar a Talbot ante los propios ojos de ella.

—¿Y quién nos dice que el criminal y tú no sois una misma persona? —acusó Lorna fríamente—. Crystal no escuchó su voz en un solo momento. El encapuchado actuaba sólo agitando su cabeza, o con monosílabos imposibles de identificar por el tono de la voz. Pudiste ser tú. Tuya fue la idea.

—No iba a ser tan necio de delatarme de un modo así, como tampoco el asesino lo sería haciéndose reconocer su voz al aprovechar mi tonta idea de anoche —se quejó agriamente Colin poniéndose en pie—. Lorna, tus sospechas son ridículas.

—¿También lo son respecto a la muerte de Seldon y Eileen?

—¿Qué quieres decir? —Se detuvo él, mirándola con estupor—. ¿También piensas acusarme a mí de eso?

—¿Por qué no? Todos sabemos que Eileen tenía una especial simpatía por ti. Y tú debiste tomarla por algo diferente. Bastaba ver cómo la mirabas. Seguro que estabas loco por ella. Y, de repente, descubriste que era Seldon quien tenía con ella una relación diferente a lo imaginado. ¿Pudiste soportarlo sin matarles, querido Calvin?

—¡Lorna! —Era ahora Malcolm O'Neal quien hablaba, con voz brusca, incorporándose con el rostro bastante pálido—. Creo que aquí, todos estáis olvidando un poco la

compostura y la prudencia mínima que exige una sociedad civilizada. Estáis hablando de… de mi esposa, a fin de cuentas.

—Es cierto, Malcolm —terció Austin Kearney, autoritario—. Perdona esta situación. No me explico cómo Lorna y Colin han podido ir tan lejos en su discusión…

—Lo siento, Malcolm —habló Lorna con sequedad—. No quise hablar así. Sólo quería demostrar que Calvin no es persona de quien pueda uno fiarse. Tienes razón en lo que dijiste. Incluso estamos olvidando que somos personas civilizadas… quizás sólo para olvidar realmente que tenemos aquí a un asesino… y a un testigo asustado, que no quiere decir quién es…

—Creo que todos tenemos una parte de razón —resopló O'Neal, rehaciéndose—. Este asunto nos está poniendo nerviosos. Desconfiamos unos de otros. Lorna, yo… yo soy el primero en saber, en admitir, que mi mujer me engañaba con Seldon Kearney. No es ningún secreto. Ya la he perdonado por eso, sin embargo. Pagó muy caro su error…

Y sin añadir más, majestuosamente, con una arrogancia sombría, Malcolm O'Neal se dirigió al jardín, donde ya había dejado de llover.

Alguien, al verle desaparecer, comentó:

—Es todo un tipo. Muy sincero. Me pregunto si lo será también respecto al crimen…

Era Roy Kearney quien hablaba. Su hermano le fulminó con una mirada. Por su parte, el doctor Essex paseaba nerviosamente, arriba y abajo de la gran sala, como un león enjaulado. Sin mezclarse en la escena. Como ajeno a ella.

Yo le contemplaba desde mi emplazamiento, pensativo. En cierto modo, resultaba divertido, patéticamente divertido, ver a aquellas personas enfrentándose consigo mismas y con los demás, en una mutua serie de sospechas, de acusaciones, de insinuaciones malévolas. Tenían miedo todos ellos. Todos. Creo que incluso el asesino. Pero a mi juicio, quien más asustado me parecía en este momento, era el doctor Norman Essex. El testigo del viejo crimen, hace siete años, como confesara poco antes a Austin Kearney en la biblioteca.

Sí. Yo también estuve presente en esa escena. Entre los pliegues de los cortinajes. Espiando a las personas vivas. Era mi única misión ahora en aquella casa. Investigar desde ultratumba. Yo sabía que ellos podían verme. Crystal me había visto. Yo me veía a mí mismo. Podía palparme. Era visible. Tangible. Físicamente real. No importaba que estuviese muerto, que hubiera vuelto de otro mundo. Como los vampiros, como los no-muertos, yo podía emerger de mi féretro y deambular por allí. Incluso de día.

No quería ser visto. Era un arma demasiado importante para mí, una baza en reserva, que no debía malgastar a ningún precio. Llegado el momento, mi reaparición podía provocar mucho más efecto que la mayor de las pruebas contra un criminal.

Dios mío, ¿por qué los que hemos muerto no podemos saber todo lo que hacen los vivos? Siempre viví con esa idea. Y veo que no es cierta. Al menos, no en mi caso. Yo no logro penetrar en el simple enigma de una caperuza sólida, oscura. Eso es lo que he venido a descubrir, después de mi asesinato. Ése es el pacto que yo mismo solicité, no sé exactamente a quién, cuando charlaba con Manfred Graham en la cantina. Y que me fue concedido misteriosamente por… por alguien capaz de escribir mensajes que se diluían apenas leídos…

El doctor Essex, finalmente, abandonó la estancia, camino de otras dependencias de la casa. El ambiente en el salón estaba muy deteriorado en estos momentos. El silencio de todos los presentes, demostraba que no se atrevían siquiera a hablar…

Decidí irme sigilosamente de mi emplazamiento. Seguir deambulando por el edificio, sin ser visto. Recordé lo que el doctor le había dicho a Kearney en la biblioteca…

* * *

—Sí, doctor Essex… Siempre lo supe… Entre por favor, amigo mío…

De modo que era el doctor Essex el misterioso testigo. El hombre sentenciado a morir en aquella casa. Y Kearney lo había sabido siempre.

Mi oído se aguzó, tras la espesa cortina grana de la biblioteca. La voz del médico me llegó clara y precisa. Temblaba ligeramente:

—Yo te envié el anónimo mediante el cual supiste que había un testigo de aquel crimen. No he podido vivir durante estos años,

temiendo siempre ver aparecer al asesino, para deshacerse de mí como lo hizo con ellos… Era demasiado. Resolví crear esta situación, hacer que se delatara a sí mismo… Pero tal vez cometí un grave error. La muerte de ese chico, Talbot, así lo demuestra. No debí informarte. No debí venir. No vamos a poner nada en claro. Y el asesino me vigila, lo presiento. Me acecha, a la espera de su ocasión… Él sabe que yo presencié su crimen. Debe saberlo…

—¿Te vio, acaso? —se sorprendió Kearney.

—No, no es eso. Logré escabullirme antes de ser visto. O eso creo yo. Es lo que he pensado siempre. Pero actuará por deducción, por eliminación, como sea. Terminará por notar mi nerviosismo, mi preocupación.

—Nerviosos o preocupados, estamos todos, doctor, en esta casa. Y más, después de lo de Talbot. Yo sí que tuve culpa de eso. Nunca debí hacerle venir aquí, por muy buen abogado y muy excelente investigador que fuese. Me siento responsable de su muerte, doctor.

—Ambos lo somos en partes iguales. Si yo no hubiera creado la situación…

—Pero doctor, si usted es el único testigo… tiene que SABER quién es el culpable… Podrá señalarlo rotundamente. Su acusación sería definitiva. Un solo testigo puede llevar a esa persona a la horca… Y su pesadilla se habrá terminado. Todos descansaríamos tranquilos.

—No, Austin. No es tan fácil —suspiró el doctor Essex amargamente—. Yo… yo estuve seguro todos estos años de quién podía ser el culpable… Fui testigo del doble crimen, es cierto. Y me alejé, despavorido, sin atreverme a hablar luego de todo ello… Lo cierto es que yo vi caer ensangrentados a Seldon y a Eileen. Vi escapar a su asesino. Creí reconocer sus cabellos, su rostro… hasta que hoy he visto algo que me hace desconfiar de todo eso, justamente en esta misma casa, Austin.

—Por Dios, ¿qué es ello, doctor? ¿Puede existir algo que le haga dudar de lo que realmente vio?

—Sí, amigo mío. Lo hay. Siempre me dije que aquella mujer era algo extraña…

—¿Mujer? —Repitió con sobresalto Austin Kearney—. ¿Una mujer, doctor Essex?

—Eso dije, sí. Una mujer. Fue una mujer lo que vi desde las

vidrieras del jardín. Una mujer acuchillando ferozmente a ambos, hasta abatirlos… Ya he dicho que me pareció rara en algún aspecto. Luego… luego me he dado cuenta de lo qué podía ser. Era demasiado alta. O demasiado desgarbada, para ser una mujer. Y después, he visto esa peluca, ese rostro modelado en cera, en el estudio de Roy… Todo en mí se ha tambaleado…

Un silencio profundo siguió a esas palabras, para mí aún incomprensibles. La voz de Kearney me llegó insegura, vacilante:

—Entiendo, doctor —musitó—. Creo entenderle, sí. No… no se me había ocurrido esa idea. Pero… ¿es que fue a… a ella a quien vio usted en la escena del crimen?

—A ella, sí. O a esa máscara en cera, ahora no lo sé. No podría jurarlo…

CAPÍTULO III

LA máscara de cera.

La contemplé. Era realmente impresionante su fidelidad con el original. Roy Kearney era un gran artista modelando figuras de cera. Su estudio, en Kearney Castle, era amplio y bien iluminado. Las amplias vidrieras asomaban a una zona poco frecuentada del jardín.

Contemplé en silencio aquel rostro. Con la peluca, producía un efecto sorprendente. Creía uno estar ante la misma persona, en carne y hueso.

Ahora entendía las palabras del doctor Essex. Si alguien se aplicaba esa mascarilla al rostro y se ajustaba la peluca, utilizando además un vestido de mujer, la ilusión sería perfecta, en especial a alguna distancia y en determinadas circunstancias.

De modo que el testigo no servía absolutamente para nada. Su testimonio era nulo. Él sólo había visto un rostro, unos cabellos. Los de una mujer que ahora estaba de nuevo en Kearney Castle. Una mujer que resultaba particularmente atrayente para el joven Roy…

La morena, elegante y hermosa Lorna Lawson.

¿Era ella o era una suplantadora el criminal? O un suplantador… si la impresión de Norman Essex era cierta, y había algo realmente desgarbado e insólito en la mujer que él viera cometer el crimen…

Sí. El asunto empezaba a hacerse muy interesante, pensé. Pero también tremendamente oscuro y difícil.

Ahora me daba cuenta de que el doctor Essex no valía gran cosa como testigo. Pero ¿sabía eso el asesino?

Tampoco yo había tenido tiempo material de entrar en conocimiento del enigma que tenía por escenario aquella casa… y ya el asesino había preferido eliminarme, para quitarse riesgos de encima. Si en algo era temible aquel ser, era precisamente en su fría

decisión para matar. Ya lo había hecho tres veces. Quien llega a ese límite, ya no duda jamás. Mata cuantas veces sea preciso.

Resultaba curioso, por otro lado, que en ambos casos hubiese tenido el criminal un doble juego favorable: la máscara de Lorna Lawson en el pasado… y ahora la caperuza que Crystal suponía debía ocultar la identidad real de Colin Lee.

Dejé de contemplar aquel rostro, siete años más joven, de Lorna Lawson. Cuando mataron a Seldon y a Eileen, aquella mujer no tendría más de veinte años. Aun ahora, representaba menos de veinticinco. Luego, pensé en Crystal, mientras abandonaba el estudio de Roy silenciosamente.

Crystal Cannon, la joven actriz amiga de los Kearney, era más joven que Lorna. Posiblemente dos o tres años más. De modo que por entonces, debió de ser casi una niña. Demasiado joven, pensé, para ser ya una feroz criminal, fueran cuales fuesen sus motivos.

A los diecisiete años, se puede matar, ya lo sé. Pero me resistía a ver en Crystal Cannon una persona de esa clase, aunque mi último recuerdo, al morir, había sido el de su imagen, contemplándome con ojos dilatados, mientras el asesino me asestaba el golpe mortal…

Si Crystal era inocente, solamente Lorna Lawson quedaba como mujer sospechosa. Claro que ella misma pudo tomar su propia máscara y peluca, para desorientar. Pero algunos hombres pueden representar bien el papel de una mujer. Pensé en los presentes, y tan sólo dos personas me parecieron capaces de representar bien el papel, por esbeltez y juventud. Colin Lee y Roy Kearney.

Claro que yo no conocía al doctor Essex, a Austin o a Malcolm O'Neal,
siete años atrás. Ese tiempo acostumbra a poner algo de barriga en los hombres, y alterar su línea. Aun así, ninguno era realmente grueso ni demasiado alto, entre los habitantes de Kearney Castle.

Tuve que romper el hilo de mis pensamientos y ocultarme rápidamente en una estancia. Shimon Clark, el mayordomo de los Kearney, pasó de largo, con una bandeja de copas, camino del comedor de la casa. Le oí bajar los escalones con su majestuosa lentitud habitual.

Me quedé pensativo, apoyado en la puerta de la estancia que había escogido para improvisado escondrijo. Mis manos eran frías y

pálidas. Acababa de notarlo. El frío y el color de la Muerte iban conmigo. Yo le pertenecía. Era suyo. La Muerte no soltaba fácilmente su presa. Eran palabras de Manfred Graham. ¿Por qué me había permitido volver?

Debía haber un plazo en ese retorno, pero yo lo ignoraba. Sentía dentro de mí ese sutil frío, esa sensación de ingravidez, de lejanía y de indiferencia por muchas cosas, que debe formar parte de la misma muerte. Traté de no pensar en ello, de no ver mis manos marfileñas, casi del color de la cera con que trabajaba el joven Roy… Ni siquiera había visto mi rostro en estas últimas horas. Desde mi… mi retorno, no sabía qué aspecto tendría mi cara, tras el tiempo transcurrido en la cripta, aquellas horas de la madrugada en que mi cuerpo reposó realmente en el mundo oscuro y helado de los muertos…

Pensé en cosas más reales y tangibles. En Shimon Clark, por ejemplo. El veterano mayordomo. Él sí era alto. Y espigado. Sabía por Kearney que llevaba más de veinte años al servicio de la familia. Igual que Stuart Kidder, el jardinero que deambulaba por allá afuera, arreglando los setos o cuidando de las plantas de invierno, y de quien también tuve que ocultarme diestramente cuando salí de la cripta.

Eran ellos el servicio de la casa, junto con una mujer rolliza, que trabajaba en la cocina y que rara vez pasaba al ala del edificio destinada a los dueños y a sus invitados.

No me atraía la idea de sospechar del servicio doméstico. Nunca he creído en el mayordomo culpable, contra la mayoría de los escritores de mi tiempo y de mi país. Tampoco en el jardinero malvado. Eran personajes de folletón.

Sonreí, porque estando muerto, yo podía sonreír.

Y abandoné aquella estancia, mientras en la planta baja sonaban ruidos de vajilla. Era la hora del almuerzo en Kearney Castle.

No sentí apetito alguno. Estuve seguro de que, si algo no apetece a un hombre muerto, ese algo es la comida. En cambio, tenía sed.

Bebí cerveza en una sala de la casa; solo, rodeado de grandes cuadros enmarcados, entre libros, cortinajes y artesonados. Si alguien hubiera sospechado mi presencia allí…

Pero eso no era fácil. Todos los invitados estaban en el comedor. Sabían que la única persona ausente, estaba muerta. Y los muertos

no se mueven de su lugar. O eso pensamos.

Solamente alguien podía tener el presentimiento de que yo no estuviese lejos. De que yo no estuviera en la cripta.

Ese alguien era Crystal Cannon.

Habían terminado de comer cuando algo me sobresaltó. Un campanilleo en la puerta de entrada. Me erguí, ocultando mi jarra de cerveza. Cuando alcancé la puerta de la sala, la entreabrí, lo justo para ver a Shimon abriendo la puerta de la casa a un hombre cubierto con una especie de capote empapado de agua, un casco azul sobre su cabeza, y botas relucientes por la lluvia, aunque con las suelas totalmente enfangadas.

—Buenos días, constable Francis —saludó Shimon, cortés—. Pase, por favor. Veo que está empezando a llover otra vez…

—Sí, maldita sea. He podido llegar, pese a todo, pero mucho me temo que no me sea tan fácil seguir camino hasta el pueblo… Quiero ver a Austin Kearney, por favor.

Cerré de nuevo. Estaba preocupado. La policía acababa de llegar a la casa. Para mí, eso era un grave trastorno. El constable Kevin Francis no dejaría de visitar la cripta, para ver mi cadáver…

* * *

—¿Su nombre era… Víctor Talbot?

—Sí, constable. Víctor Talbot. Abogado de Londres. Investigador por afición. Pariente de un conocido escritor: Arthur Conan Doyle…

—Entiendo. Es el tercer asesinato en esta finca, señor Kearney.

—Lo sé —suspiró el dueño de la casa, con un gesto de amargura —. Han tenido que transcurrir siete años para que esto sucediera…

El constable hizo unas rápidas anotaciones en un bloc que llevaba. Frunció su pelirrojo ceño, mirando pensativo a Austin Kearney.

—¿Por qué citó usted aquí a todas esas personas? Es como hace siete años… con la sola excepción de este hombre —y señaló hacia mí. A mi cuerpo rígido, metido en el mausoleo familiar, en la oscura, helada cripta que parecía poner nervioso al policía local.

—Tuve una idea, constable. Una idea absurda… y peligrosa. Fue un error llevarla a la práctica. Creí poder descubrir al criminal. Había un testigo…

—¿Un testigo? —Pegó el respingo el policía, con sobresalto—. ¿Del doble crimen de entonces, quiere decir?

—Eso es, constable.

—Creo que es una estupidez. Yo siempre estuve seguro de que aquel pobre diablo, Dermis Seale, fue el culpable. El único culpable.

—Usted quiere quedarse tranquilo con eso, constable. —Había cierta sequedad en la réplica de Kearney—. Quizá porque tuvo que darle muerte, quiere quitarse lastre de su conciencia, ¿no es cierto?

—No tengo por qué tener escrúpulos de conciencia, Kearney —se irritó Francis—. Aquel individuo se resistió a mis requerimientos, quiso huir, y tuve que herirle. La herida resultó mortal. Todos los policías del condado habíamos sido armados, dada la peligrosidad de Seale. Además, llevaba joyas y dinero de su hermano y de la señora
O'Neal.
¿Hacía falta algo más para sospechar de él?

—Pese a todo, no fue él. El testigo ha hablado. Pero su testimonio sirve de poco. El asesino no ha sido identificado. Y además, ahora ha asesinado a alguien más: Víctor Talbot. Eso le demuestra que Dennis Seale no fue el culpable entonces.

—No me demuestra nada —cortó secamente el policía, cerrando su bloc de notas y mirando de nuevo mi cadáver—. Puede tratarse de dos asuntos diferentes. Después de todo, este hombre debió ser el que pernoctó anoche en la cantina de los Travers. Ya sabe usted lo que eso significa. Un día, Roscoe Travers va a empezar a tiros con mucha gente…

—Lo dudo —sonrió Kearney—. Además, el asesino era uno de nosotros, no ese borrachín de Travers. ¿Va a llevarse el cuerpo a la Morgue, constable?

—Por el momento, dudo mucho que ello sea posible —resopló el policía—. En cuanto me informaron de que usted había hecho colgar una tela roja del pararrayos de su torreón, comprendí que algo pasaba aquí, e hice los imposibles por llegar. Pero entre el pueblo y su finca, todo está intransitable aún, especialmente para vehículos. El cadáver tendrá que esperar hasta mañana, señor Kearney. Creo que aquí no corre peligro de descomposición. Y menos, con este tiempo. La noche se presenta terrible, o yo no entiendo nada sobre el clima de la región.

—Sí, es cierto —admitió Kearney, ceñudo. La lluvia batía lúgubremente los muros de piedra de la cripta familiar, allá fuera—.

Constable, ya es tarde. Pronto oscurecerá hoy. Puede ser arriesgado aventurarse por esos caminos ahora. ¿Por qué no se queda esta noche aquí, con nosotros?

—Hum, no es una mala idea, pero… —vaciló Kevin Francis—. Puede que ello le cause molestias… Sus invitados son una cosa. Un policía, otra muy distinta.

—Por el contrario, constable. Creo que su presencia relajará algo los nervios. Y quizá nos reporte tranquilidad… ¿Está decidido, pues?

—Conforme, señor Kearney. Pero saldré de aquí apenas amanezca. Tendré mucho que hacer mañana. Haré traer un carruaje enseguida, para trasladar el cuerpo al depósito. Vamos ya. Aquí creo que no tenemos nada que hacer…

Salieron de la cripta, dejándome solo en aquel siniestro lugar que, sin embargo, era el que me correspondía ahora. A pesar de ello, no me gustaba. Aunque todavía me gustase menos la idea del depósito de cadáveres, del bisturí, de la autopsia y todo eso… Pero no podía quejarme a nadie. La ley tiene previstos esos formulismos para los cadáveres que están en mi situación. Había muerto violentamente. Y el forense tenía que emitir su informe, antes de certificar mi muerte.

—Oh, Muerte, mi dulce amiga, ¿dónde estás? —Murmuré en voz alta, con macabro sentido del humor, al incorporarme en mi sepulcro, apartando con energía la losa de mármol que me cubría a medias—. Duros son los trances que me quedan por experimentar aún, en este nuevo estado de mis restos mortales…

Nadie me respondió, ni nadie parecía haber en la lóbrega oscuridad helada de la cripta de los Kearney. Sin embargo…

Sin embargo, algo así como un sutil escalofrío hurgó mi espina dorsal y arañó mi nuca, erizando levemente mis cabellos. Era como si realmente alguien estuviese allí, no lejos de mí, contemplándome con ojos de sombras y de silencio, desde más allá de la frontera misma de la luz y de la oscuridad.

Alguien que quizá respondía sin palabras, en aquel diálogo con lo eterno.

Alguien llamado… Muerte.

Y entonces supe que incluso un muerto puede tener miedo.

* * *

Di un sobresaliente a los conocimientos meteorológicos del constable Kevin Francis. No era para menos.

Antes de oscurecer, ya el paisaje en torno a Kearney Castle se había tornado sombrío y profundamente oscuro, tal era la tonalidad de los nubarrones acumulados en el cielo, y de los que caía un torrente de agua acompañado por el estallido de los truenos y el fulgor de los relámpagos.

Si alguna vez se puede presentir una noche de terror en un caserón de altos techos y tétricos muros, ésa era en estos momentos. Creo que los habitantes de Kearney Castle hubieran dado años de su vida por poder estar ahora en Londres, en Liverpool o en Leeds, disfrutando de una velada teatral, unas jarras en cualquier cantina o, simplemente, al amor de la lumbre en sus propias casas, y no en aquella mansión siniestra, perdida en los pantanos del Yorkshire… en compañía de un asesino.

Había elegido como mi habitual campo de acción la planta alta de la casa, en tanto ellos se encontrasen abajo, reunidos en cualquier salón o dispersos en grupos diferentes por las diversas dependencias de la casa. Durante la noche, cuando todos fueran a acostarse, ya vería mi plan de acción, aunque era de suponer que entonces resultaría más práctico cambiar de piso e irse abajo a esperar.

A esperar no sabía el qué. Pero un sexto sentido que notaba mucho más agudizado que en mi vida normal, me decía que algo tenía que suceder allí, no tardando mucho. Era inevitable. Parecía palparse en el aire.

La tensión nerviosa, unida al temporal en el exterior, el miedo, las aprensiones, la presencia de un testigo de quien el asesino poco podía saber si había visto o no su real identidad… Todo contribuía a crear una atmósfera cargada, extraña, que podía estallar en cualquier momento de forma trágica.

Y ese momento sería esta noche. Estaba seguro de ello.

La presencia del policía había contribuido, evidentemente, a suavizar algo la tensión entre los invitados. Lorna Lawson charlaba animadamente con el constable Francis. Y Roy jugaba al ajedrez con Malcolm
O’Neal.
El ajedrez era bellísimo, pero ellos eran pésimos jugadores. Les

hubiese dado jaque mate a ambos en escasos minutos. Lamenté no poder sentarme con ellos en el bien iluminado salón.

Miré con desagrado a los ventanales situados a mí espalda en el larguísimo y oscuro corredor salpicado de viejas armaduras medievales, recuerdos de antepasados de los Kearney o simplemente adquisiciones en alguna tienda de antigüedades de York.

La claridad cárdena de las descargas eléctricas producía extraños juegos de luz y sombra en el pasillo. Luego, el estruendo del trueno estremecía la casa hasta sus cimientos.

Me sobresalté cuando Crystal Cannon, que ahora era la que se había acercado a cambiar impresiones con Lorna y con el policía, preguntó ingenuamente a éste:

—¿El cadáver de Víctor Talbot seguía en el mismo lugar, constable?

Francis dio un respingo, sorprendido. Yo miré atentamente por el hueco de la escalera, esperando divertido la reacción del policía. Austin Kearney y Calvin Lee habían girado sus cabezas con desagrado. Incluso los jugadores de ajedrez parecieron salir de su abstracción ante la pregunta inoportuna de la joven. El doctor Essex y Lorna cambiaron una mirada de estupor.

—¿Qué quiere decir, señorita Cannon? —Habló apaciblemente el policía—. Si el cuerpo del señor Talbot fue depositado en esa cripta, resulta obvio que tenía que seguir allí. ¿Por qué lo preguntó?

—Oh, por nada —suspiró Crystal con la misma deliciosa inocencia—. Es que sigo pensando en ello… y cada vez estoy más segura, constable.

—¿De qué está más segura? —Se mostró cortés el policía.

—De que le vi. Caminando por el jardín. Muy pálido… pero tan claramente como les veo a ustedes ahora. Eso fue esta mañana. Vi a Víctor Talbot en el jardín, podría jurarlo.

Creo que logró impresionarles a todos. Y sobresaltar al constable. Además, en ese mismo momento, no sé si por pura casualidad, como en los relatos góticos, o por alguna razón en particular, una de las vidrieras cedió al empuje del viento, mal ajustada acaso, y entró en la sala, una formidable bocanada de aire gélido y húmedo, que agitó las cortinas violentamente, lanzó agua de lluvia contra muebles y personas… y apagó las llamas de varias

de las lámparas, dejando el salón en una penumbra irreal e inquietante.

Crystal emitió un grito y echó a correr hacia alguna parte. No supe hacia dónde.

Abajo hubo confusión, y, ¿por qué no decirlo?, un poco de sobresalto y temor. Me incliné más sobre la barandilla, divertido por el incidente… y entonces me maldije por no haberme fijado mejor en la dirección emprendida por Crystal en su fuga.

Porque de repente, la vi justo delante mío, en la amplia escalera, subiendo presurosa. Un inoportuno relámpago iluminó de modo fantástico el corredor superior. Y alumbró mi rostro, que ella describiera como «muy pálido»…

Esta vez, Crystal me vio ante sí, erguido en las sombras, como un aparecido. Como lo que soy, a fin de cuentas…

La vi dilatar terriblemente sus ojos. Abrió los labios, y temblé al pensar en el alarido de terror que escaparía de ellos. Pero no fue así. No tuvo ni voz para gritar. Se puso tan pálida como yo mismo podía estarlo… y cayó a mis pies pesadamente.

CAPÍTULO IV

ERA mejor así. De espaldas. Mirando por una vidriera, cruzado de brazos.

La oí agitarse tras de mí. Se removió su cuerpo en el sofá. La habitación casi oscura, con la bujía ardiendo sobre una mesa, las cortinas a medio correr. Y los relámpagos afuera, en la noche tempestuosa. Allí estábamos ahora los dos. Solos. En silencio.

—¿Se siente mejor ahora? —pregunté con voz tensa.

—Sí —su tono era un murmullo—. Mucho mejor, gracias…

Volvió a permanecer callada. Sin duda pensaba. Tenía tanto en qué pensar…

—¿Ya no… no me teme? —pregunté, tras una pausa.

—¿Temerle? No… Creo que nunca le temí. Ni siquiera al verle en el jardín. Sólo fue… la impresión. Es algo terrible. Y esta noche… Creí enloquecer.

—Ha sido muy valiente, Crystal —elogié—. No todo el mundo reacciona así.

—No se fíe. Estoy como aturdida. No soy yo en estos momentos. Mañana, cuando me pregunte si esto pudo suceder… creeré que tuve una pesadilla. O que estoy loca.

—Sí, es lo más natural. Mañana, todo habrá pasado —asentí—. Incluso yo, Crystal.

—Usted… —Su voz se rompió en un silencio crispado—. ¿Tiene… tiene que… volver?

—Sí. Y definitivamente.

—Oh, ¿por qué?

—Porque así son las cosas. Éste no es ya mi lugar, compréndalo.

—No, no puedo comprenderlo, Talbot. ¿Ha ocurrido esto alguna otra vez, desde que el mundo es mundo?

—No lo sé. Personalmente, nunca creí en ello. Mi primo es diferente. Hace… espiritismo. Cree en otra vida, en el contacto

entre… entre nosotros.

—Pero esto no es espiritismo, Talbot. Usted… usted está ahí. Me ha traído aquí en sus brazos. He tocado sus manos mientras me explicaba todo… He entrevisto su cara… a contraluz de esa bujía… Es usted mismo.

—Pero más pálido —sonreí, irónico, volviendo un poco la cabeza hacia ella. Sorprendido vi que caminaba hacia mí. Con lentitud, pero con firmeza. No capté miedo en su rostro—. No, no es espiritismo, tiene razón. Hay tantas cosas, tantos matices… ¿Qué sabemos todos de la Vida y de la Muerte? Yo mismo… veo que nada sé aún. Cuando lo sepa, tal vez sea ya tarde. No podré regresar para contarlo a nadie. Debe formar parte de lo establecido. La Muerte tiene sus leyes, Crystal, como las tiene la vida…

—Talbot, ¿ahora me cree? ¿Sabe que no tuve nada que ver con su… con su muerte? —Le costaba trabajo expresarse así conmigo—. Todo fue un trágico error… Alguien suplantó a Calvin y… ¡Oh, nunca debí aceptar esa broma! Pero lo cierto es que quería verle de nuevo… Me… me atraía usted, Talbot. Tenía algo diferente a los demás. Sigue teniéndolo…

Estaba muy cerca de mí. Me sentí inquieto. Últimamente, no había tenido a ningún ser vivo tan próximo a mi persona. Casi podía captar ahora su calor, la cálida proximidad de un ser humano, de una mujer… Quiso tocarme las manos. Me aparté vivamente.

—¡No! —Dije, notando el frío, mi frío, calándome hasta los huesos—. No, Crystal. Ya no. Es tarde. Recuerde lo que le he contado. Es la pura verdad. Cuesta creerla… pero es así.

—Yo… yo le creo, Talbot… —A pesar de todo, tomó mis manos. Parecían arder las suyas, pese a estar algo frías, al lado de mi gelidez de ultratumba, que ahora capté en todo su horror. Y que ella, en cambio, no pareció capaz de advertir siquiera. Sus dedos me hicieron sentir una tibieza vital en la epidermis, por unos instantes. Y oí lo más increíble que jamás pude imaginar, en labios de una mujer. Una mujer de la que me separaban en esos momentos todos los años del mundo, todas las distancias imaginables. Porque ¿hay más eternidad, en Tiempo y Espacio, que en la propia Muerte?

Y aun así, la oí decir en un susurro tembloroso, estremecido de una rara emoción, no sé si necrofílica o solamente dictada por un

sentimiento imposible, irrealizable ya:

—Yo… te amé al verte, Víctor Talbot. Te amé al verte aparecer en esta casa. Pedí a Dios que te protegiera de todo mal. No pudo ser. Luego, rogué por ti y por tu alma… Al creer verte en el jardín, mi corazón pareció estallar. Por eso me desvanecí. No era miedo lo que me producías, sino… sino una secreta sensación de felicidad, de atracción… Víctor, yo… yo sería capaz de ir contigo a tu mundo de ahora, de ir allá para siempre… con tal de amarte… de que pudiera ser tuya por la eternidad… ¡Si supiera que es posible… no dudaría en morir por seguirte!

—¡No! —rechacé, horrorizado—. No, Crystal. Eso no. No puedes hacerlo. Nadie haría tal cosa. Nadie puede amar a… a un muerto, compréndelo.

—Yo, sí. Y no es un sentimiento macabro ni morboso. Lo siento aquí, en mí. Es algo noble y hermoso, Víctor. Quiero ir contigo. Deseo ir contigo, no dejarte nunca. Y si sólo existe un medio, si yo he de ir a ti, en vez de venir tú a mí… así será.

—Calla —la ordené roncamente. Paseé agitado—. No sabes lo que dices, Crystal. Es… es una locura. Mi mundo… ¿Qué podré ofrecerte en mi mundo? Sólo silencio, oscuridad, frío y distancia. Son las tinieblas. Eternas, Crystal. Es… no ser nada. Es dejar de ser. De sentir.

—¿Cómo puedes saberlo? Te falta cruzar aún una puerta. La última. Puede ser todo eso, sí. Pero ¿y si hubiese algo más, Víctor? ¿Y si algo hermoso y perdurable nos esperase en esa última estancia del camino?

—No puedes correr ese riesgo. Tú, no. Yo estoy ya aquí. Debo cruzar ese umbral. Pero tú… ¡nunca, Crystal! Júrame que no lo harás. Que serás fuerte, que seguirás tu destino.

—Mi destino… —musitó ella—. ¿Y cuál será ese destino, Víctor? ¿Dónde estará realmente? Yo sólo puedo jurarte que…

No sé lo que podía jurar. Tal vez nunca llegaría a saberlo. En ese momento, en algún lugar de la casa, hubo un estruendo formidable, un alarido de terror, acaso de muerte…

Luego, confusión, gritos, carreras… Y la voz potente del constable Francis, llegó hasta nosotros, llenando a Crystal de un terror que antes no sentía, cuando compartía una habitación en sombras con un ser regresado de la tumba…

—¡Es, el doctor! —clamó la voz del constable—. ¡Le han asesinado!

Miré a Crystal. No dije nada. Pero eché a correr presurosamente, fuera de la estancia. Ella corría ya tras de mí, con sus ojos muy abiertos y la palidez del miedo en su faz.

Ahora, al parecer, el testigo de siete años atrás, había sido silenciado al fin por el asesino misterioso de Kearney Castle.

Y yo, maldita sea, no había sido capaz de evitarlo.

CAPÍTULO V

TODAS las luces habían confluido en la estancia. Los rostros, como un racimo de máscaras demudadas, se hacinaban en torno al lugar de la tragedia.

La armadura era voluminosa. Y pesada. Posiblemente su peso total era superior a las ciento cincuenta libras. Demasiado para un cráneo humano.

De haberse precipitado justamente sobre la cabeza de la víctima, no hubiera habido solución alguna. La hubiese destrozado. Pero el doctor Essex, en medio de todo, tuvo fortuna al recibir sobre sí la pesada armadura, desprendida de uno de los altillos de la gran sala central de la planta baja.

—Está vivo aún —fue el constable quien primero lo advirtió—. ¿Alguno de ustedes sabe algo de medicina aquí?

—Yo —dijo Lorna Lawson, adelantándose—. He obtenido el título de enfermera. ¿Qué puedo hacer, constable?

—No lo sé. Eso es cosa suya, Lorna. Está malherido, pero vive, ya lo ve. Salvó su cabeza por muy poco… La armadura ha caído sobre su pecho, y aunque soy profano, juraría que tiene algunas costillas rotas o hundidas, un trauma muy fuerte, y cortes y magulladuras en cuello, pecho y brazos. Vamos a ver si puede ser trasladado a un lecho arriba, sin que sufra hemorragias o desgarros más graves. Cuide de todo ello, Lorna.

Asintió la morena joven, dominando su nerviosismo. Se ocupó del hombre abatido en aquella esquina del salón, donde Austin Kearney, ahora, parecía reflexionar, ceñudo, la mirada fija en el altillo. Por allí asomó ahora su hermano Roy, alzando una cortina con escudos heráldicos, a espaldas del lugar de la galería alta donde se hallaba antes la armadura medieval.

—El doctor Essex se situaba casi siempre en este rincón —comentó Austin en voz alta, al aproximarse a él Kevin Francis. Miró

a su hermano Roy, preguntando—: ¿Ves algo ahí?

—Arañazos, señales de que por aquí anduvo alguien, preparando esa armadura para que cayese. Hay un hilo de seda muy delgado, enganchado a algo, espera… Sí, a ese reloj… —señaló uno mural—. ¿Qué puede significar eso?

—Que el asesino también advirtió que el doctor se situaba siempre en este asiento… Y dispuso para una hora razonable, la caída de la armadura. Al tomar determinada posición las agujas de ese reloj, el cordón cedería, dejando caer la armadura violentamente. Ha sido todo minuciosamente preparado, sin duda anoche mismo, antes de morir Talbot. O quizás después, no sé… El asesino conoce bien la casa y sus detalles. Utilizó la escalerilla de caracol que lleva a ese altillo, para disponerlo todo. Un crimen que le permitiría estar presente, asistir a sus consecuencias aquí mismo… —Miró en torno, con ojos acusadores, a cada uno de los presentes—. Excelente coartada para el culpable, evidentemente. Es uno de nosotros. Pero ¿quién, maldita sea? Roy, ya puedes bajar. No toques nada ahí, por si el constable quiere comprobarlo…

—Sí, gracias —asintió Francis, ceñudo—. Iré ahora mismo arriba. Por cierto, señor Kearney… ¿podría decirme qué móvil pudo impulsar al asesino a matar al doctor Essex?

—Claro, constable. Debí decírselo mucho antes. El… él era el testigo que presenció la muerte de Seldon y de Eileen. ¿Comprende ahora por qué no pudo ser Dennis Seale el culpable entonces?

Sombrío, malhumorado, el policía no afirmó ni negó nada. Se ausentó, apareciendo poco después en el altillo, examinando los detalles advertidos por Roy previamente. Éste se reunió con su hermano. Señaló a lo alto, al policía.

—¿Sabes una cosa, Austin? —dijo a su hermano, pensativamente —. Si no fuese porque ese trabajo requiere que el asesino estuviese ya ayer en casa para prepararlo… yo empezaría a sospechar del constable Francis.

—¿De un policía, Roy? —se asombró Austin, mirándole incrédulo.

—Sí, hermano. Un policía que, según muchos, andaba loco por la señora
O’Neal
en aquellos tiempos, no lo olvides. Y que mató a un presunto

culpable, cerrando el caso… ¿Nunca pensaste en ello?

—Quizás, pero lo aparté de mi mente… —Los ojos de Kearney fueron al constable, agazapado allá, en la galería alta, en su pesquisa—. De todos modos, Francis pudo haber entrado anoche en esta casa, sin ser visto… y prepararlo todo para hoy, ¿por qué no? Ahora recuerdo que, por entonces, era muy delgado. Y es ágil, escurridizo… no muy alto. Sí, él pudo disfrazarse de mujer. Pero ¿cómo probarlo? Ni siquiera el pobre doctor Essex lo sabe a ciencia cierta, Roy…

—Habrá que explicar eso a todo el mundo, Austin —comentó Roy, ceñudo—. O alguien intentará rematar al doctor a la primera oportunidad que se le presente…

Kearney, el mayor, asintió, pensativo, profundamente preocupado. Alrededor del doctor, no permitió Lorna que se situara nadie. Y avisó ella al policía en voz alta:

—¡Constable, debemos trasladarle a una cama! Que le conduzcan sobre una camilla improvisada, para evitar complicaciones. Se salvará de ésta… siempre que no haya derrames internos o sufra nuevos desgarros.

—Shimon nos traerá enseguida una camilla. Hay una en el sótano —dijo Austin, con rapidez y eficiencia—. ¿Dónde diablos se ha metido ese hombre que no ha venido aún?

Tiró del llamador de servicio repetidas veces, con impaciencia. Nadie acudió. Por fin, fue Stuart Kidder, el jardinero, huidizo y medroso, quien hizo su aparición en la sala.

—¿Llamaba usted, señor? —preguntó, tímidamente.

—Sí, Kidder. Traiga usted una camilla del sótano… Pero ¿dónde está Shimon? Dígale que es a él a quien llamaba. Que venga inmediatamente.

—Lo siento, señor. Shimon no está en el ala de servicio. Hace más de dos horas que no lo veo.

—Vaya. —Austin encajó sus mandíbulas con ira mal contenida —. Vaya usted, Kidder, por favor, y traiga esa camilla. Yo me ocuparé de Shimon personalmente…

Y salió de forma airada, siguiendo a su servidor.

Me oculté para no ser visto por el mayor de los Kearney, que subía ya con rapidez las escaleras. Crystal estaba abajo, ayudando a Lorna en atender al doctor Essex. Observé, antes de retirarme a una

zona de sombras, entre los cortinajes, que los ojos de la rubia muchacha miraban repetidamente hacia la escalera, como intuyendo mi presencia allí.

Estaba intrigado ahora. No por el atentado contra el doctor, que era previsible, sino por la inexplicable ausencia de Shimon Clark, el mayordomo. ¿Era él, después de todo, el misterioso asesino de Kearney Castle?

Cuando oí un grito ronco de Austin Kearney, en algún lugar de la casa, me sobresalté. Me aproximé lo más posible, aprovechando las zonas de sombra. Encontré a Kearney inclinado sobre Shimon, su mayordomo, en uno de los accesos al torreón principal, al pie de una lóbrega escalera de caracol que se perdía en las alturas.

—¡Shimon! —gritaba Kearney—. ¡Dios mío, no es posible! ¡Está muerto! ¡Le han asesinado también a él!…

A sus gritos, acudían ya otros invitados, e incluso el constable Francis, revólver en mano. Me retiré sigilosamente, para evitar encuentros inoportunos.

Shimon, el mayordomo. Muerto… Otro asesinato. ¿Por qué? ¿Acaso había visto al asesino, le sorprendió preparando la trampa mortal para el doctor? Era muy posible, sí…

El asesino no corría riesgos. Ni el más mínimo. Eso me hizo sobresaltar de repente. Recordé un encapuchado, clavándome una daga larga, afilada, en pleno corazón. Y unos ojos de mujer, aterrados e incrédulos… Un testigo de otro crimen. Luego, el criminal de la capucha había huido. Pero ella estuvo presente. ¿Y si el asesino temía que, por alguna razón, Crystal llegase a poderlo identificar?

Entonces tuve la primera sospecha de que alguien más corría peligro de muerte en aquella casa. Y ese alguien era… Crystal Cannon.

* * *

El doctor Essex reposaba ya en su lecho de la planta alta. La primera cura, hecha por Lorna, con la ayuda de Crystal, había dado resultado. El herido descansaba apaciblemente. Austin Kearney, muy preocupado, había dispuesto turnos de dos personas para cuidar del doctor Essex durante toda la noche. Una sola, podía ser peligrosa para él.

El asesino, en cambio, no se atrevería a actuar ante otro testigo.

Esta vez, no.

La primera pareja para cuidar del paciente, fueron la propia Lorna y Malcolm
O'Neal.
Escuché los turnos mencionados. Crystal ocupaba el segundo, entre doce de la noche y dos de la madrugada. Le acompañaría el joven Roy Kearney.

El cadáver de Shimon había sido trasladado abajo. Según el constable Francis, la muerte había sido producida por una daga hundida en su corazón. Igual que en mi caso. Me pregunté si llevarían su cadáver a la cripta, pero no fue así, por fortuna. Llovía demasiado torrencialmente. Y además, pensaban hacer al otro día el traslado de los cadáveres. El de Shimon podría esperar hasta el amanecer sin problemas. Fue tendido en una mesa de la biblioteca, y se cerró ésta con llave. Toda la mansión respiraba un aire lúgubre, estremecedor. El miedo invadía a todos. Casi se podía palpar.

Yo no podía tener miedo a nada. No por mí, naturalmente. Sólo por ella. Por Crystal. Si la advertía del peligro, le importaría poco. Era una forma de… de venir conmigo, después de todo. La idea me horrorizó. Aunque ella no quisiera, debía salvarla. Velar por ella. Era demasiado joven y hermosa para morir, para venir conmigo a un mundo de frías tinieblas…

De modo que esperé. Esperé a que dieran las doce. La hora embrujada…

* * *

Doce campanadas. El carillón del viejo y bello reloj del salón, desgranó musicalmente cada una de ellas en el silencio. Había luz en el salón. El constable no dormía.

Y en su vela, con unas lámparas encendidas, le acompañaba Austin, el dueño de la casa. Creo que estaban jugando al ajedrez. Pero sin duda era para ayudarse en sus meditaciones.

Las doce. Lorna Lawson y Malcolm
O'Neal,
salieron de la alcoba del doctor Essex. Roy Kearney y Crystal pasaron a relevarles, con un corto saludo apagado y sombrío.

Me acerqué a la puerta inmediata. Era la habitación de Austin Kearney. Entré en ella. Alcancé la ventana. Abrí la vidriera. Afuera llovía torrencialmente. Había una cornisa hasta las otras ventanas.

Estrecha y resbaladiza, especialmente con la lluvia. No dudé. Salvé el alféizar. Pisé la cornisa con cautela. Avancé pegado al muro, hasta la ventana vecina. Si me iba abajo, mi situación no sería mucho peor. Nadie puede morir dos veces.

No resbalé. No me caí. Tal vez los muertos tenemos una cierta ventaja en todo. Me detuve ante la vidriera emplomada, color amarillo, que daba a la alcoba del doctor Essex.

Miré al interior. El doctor Essex seguía dormitando en su lecho. Roy se acomodaba a sus pies, en un taburete. Crystal en un sillón, a la cabecera del herido.

Pasó el tiempo. La lluvia me golpeaba. No me molestaba mucho. Hacía frío. Pero más tenía yo en mi interior. Seguía esperando, no sé qué…

A eso de la una menos cuarto, el silencio en el resto del caserón era casi absoluto. El herido se agitó en su lecho. Pidió agua. Podía oírle perfectamente, a través de las rendijas de la ventana. Roy masculló algo, saliendo de su somnolencia, y se ausentó para traerle agua. Crystal sonrió al paciente y le confortó con algunas palabras. Él, con mirada turbia, contempló a la joven. Hablaron algo, sobre los sucesos de aquel día. Crystal solamente recibió roncos gruñidos del enfermo. La voz de éste sonaba apagada, trémula, casi irreconocible, a causa sin duda de su actual estado. De repente, vi que Crystal se erguía y, palideciendo intensamente, miraba al doctor Essex. Le capté unas palabras sin sentido:

—¡Oh, su voz…! Su voz, doctor Essex… ¡Acaba de sonar igual… igual que la del encapuchado anoche, cuando… cuando Víctor Talbot fue asesinado…!

El rostro del doctor Essex no me gustó. Repentinamente, su gesto de dolor se evaporó. Una taimada expresión de cólera apareció en sus ojos aturdidos. Se irguió en el lecho, clavando su mirada centelleante en la muchacha.

—Crystal Cannon… —Silabeó el doctor—. Me… me has identificado… Eso significa… significa la muerte…

No entendí muy bien lo que sucedía. Pero por inverosímil que pareciese, el doctor Norman Essex se acababa de delatar: él era el asesino de Kearney Castle. El asesino… NO EL TESTIGO.

Crystal estaba sentenciada a muerte. Ahora mismo. Me pregunté cómo pensaba hacerlo. De un momento a otro regresaría Roy. Si

ella estaba ya muerta para entonces, sería fácil imaginar que, en su ausencia, alguien entró, tratando de rematar al doctor, y asesinando a la vez a Crystal. Pero yo estaba allí. Yo no iba a permitir que eso fuese posible. Yo sabía la verdad ahora. Y tenía que salvar a Crystal. Roy podía tardar aún cosa de un minuto. Demasiado, para salvar a Crystal.

Ella quiso gritar. Me sorprendió la fortaleza del doctor Essex, aún herido de consideración por la trampa que se tendió a sí mismo, con grave riesgo para su vida, pero capaz de darle la más sólida coartada del mundo. Saltó de la cama el médico, amordazando con su vigorosa mano la boca de Crystal. Su otra mano se hundió bajo su colchón… ¡y brotó la daga asesina entre sus dedos! La alzó sobre Crystal.

Era mi momento.

Descargué un fuerte empellón a los vidrios. Saltaron éstos en pedazos, con estrépito, asustando al doctor Essex. Él giró la cabeza hacia la ventana, sin soltar a su presa, y exhalando un jadeo ronco, que también yo identifiqué. Su propio estado actual, le había hecho hablar roncamente, asemejándose demasiado a su fingida voz de la noche anterior…

Penetré en la estancia. El doctor Norman Essex me miró con horror infinito.

Y soltó a Crystal. Soltó su daga. Lanzó un grito ronco, un estertor apenas. Mirándome con ojos vidriosos, desorbitados, cayó a mis pies. Cuando tocó el suelo, estaba muerto.

Sólo entonces recordé que yo estaba muerto. Y que él, mejor que nadie, como médico y como asesino, había visto mi cadáver y certificado mi muerte.

El terror de mi presencia fue lo que paralizó su corazón fatalmente.

CAPÍTULO VI

LOS rostros fijos en mí. Las miradas extraviadas. Palidez intensa en aquellas máscaras humanas, de incredulidad, de angustia, de horror infinito. Y silencio. Un silencio petrificado, con el que asistían a la más delirante escena que jamás pudieran imaginar.

Me había sido imposible evitarlo. Crystal abrazada a mí, el doctor muerto a mis pies, Roy Kearney chillando como un loco, derramando el agua y corriendo despavorido… No pude huir. Afronté al constable Francis y su revólver. Tuve que advertirle que estaba muerto, y una bala no podía acabar conmigo ya. Pero aun así, creí que acabaría disparando.

No lo hizo. Optó por esperar. Yo acudí al salón con todos ellos. Me miraban como… como lo que yo era. Un aparecido. Un espectro. Un ser de ultratumba.

Les costó entrar en situación, admitirme como era. Cuando fue eso posible, aunque con muy frágiles cimientos, el más sereno de todos, Austin Kearney, fue quien empezó el turno de preguntas:

—Si usted está fuera de esta vida ya, Talbot, por imposible que ello parezca… ¿puede decirme por qué el doctor Essex fingió ser testigo del doble crimen que él mismo cometió? No necesitaba reunimos aquí para montar toda esa farsa sangrienta…

—Sí, Kearney. Ahora lo sé. Sé que él nunca fue testigo de nada, sino autor director. El testigo era otro: Shimon Clark.

—¿Qué? ¿Mi mayordomo?

—Él mismo. El vio desde el jardín a quien parecía ser la señorita Lawson, apuñalando a los dos, a Seldon y a Eileen… Luego, se dio cuenta de que era sólo la máscara de cera obra de Roy Kearney, y una peluca negra… El asesino era un hombre. Calló su secreto, porque quizá no estaba demasiado seguro de la identidad del criminal, pero algo sospechaba. En un momento de arrepentimiento por su silencio, quiso revelárselo a usted y le envió el anónimo.

Pero usted, sin saber que tenía aquí mismo a su testigo, montó esta escena. Eso le fue muy bien al doctor, para deshacerse del auténtico testigo, no sin antes ocupar él su lugar en apariencia, y pasando así de culpable a víctima. Shimon, asustado, callaba aún… Y ahora callará para siempre, pobre diablo. El doctor, fingiéndose testigo, no hizo sino describir el verdadero crimen, disponer un truco para herirse a sí mismo, no sin cierto riesgo, pero seguro de que su audacia le daría resultado, y luego apuñalar a Shimon, a quien había creído vislumbrar en el jardín aquel día. A mí me atacó sólo para evitar que el astuto experto en charadas, enigmas y partidas de ajedrez, pudiese adivinarle el juego demasiado pronto. Ésa es toda la historia.

—Pero… ¿por qué el doctor Essex? —gimió Malcolm O'Neal —. Él nunca… nunca pareció fijarse en mi esposa, como los demás…

—Por el contrario, señor O'Neal. Creo que lo que hacía era chantaje a todos: a su esposa y a sus… amigos masculinos. Cuando Seldon Kearney y su esposa decidieron negarse a pagar y optaron por denunciarle… él escuchó su conversación y los mató. Creo que ése fue el verdadero motivo de su crimen, como ustedes comprobarán.

—De modo que el especialista en misterios… lo resolvió al fin. Incluso más allá de este mundo…

Era Austin Kearney quien hablaba. Asentí tristemente.

—Sí —dije—. Ahora, debo dejarles… Ya ha terminado mi plazo. Hice un pacto…

Para después de morir. Ese pacto se ha cumplido por ambas partes. Puedo descansar en paz.

—No lo creeré hasta no verlo —resopló el constable, sacudiendo la cabeza—. Temo que nos esté tomando el pelo a todos, Talbot.

—Puede ir más tarde a la cripta —eché a andar hacia la salida, con frialdad—. Adiós, amigos. Ahora, cuando menos, ya pueden vivir todos tranquilos…

—Nos acordaremos siempre de usted —prometió Calvin Lee, impresionado—. Palabra, Talbot.

—Gracias —suspiré—. Recen por mí alguna vez. Es todo lo que

necesitaré, amigos…

—Víctor… —Crystal se había incorporado, tratando de seguirme.

—No, Crystal, no —la detuve, con energía—. Eso, no. Nunca. Ya hablamos de ello. Tú perteneces a… a otro mundo. No al mío, querida. Si allá, donde ahora voy, existen los recuerdos… te recordaré, estate segura. Por una eternidad. Adiós, Crystal.

—Víctor… —Había llanto en sus ojos. Lorna y Malcolm la tomaron de ambos brazos, entre suaves y autoritarios, impidiendo que me siguiera.

Vi los ojos de todos fijos en mí. Sus rostros revelaban tristeza, melancolía. Y quizás incredulidad. Es lo último que vi de Kearney Castle.

Poco después, bajo la lluvia, que había amainado bastante, crucé el jardín hacia la cripta. Entré en ella, sin importarme ir mojado. Volví a mi lugar, en el lecho de piedra y mármol.

Antes de sumirme en un sueño profundo, en el último sueño de un hombre, sólo pensé en alguien. Mis labios fríos, ateridos, pronunciaron un nombre:

—Crystal…

Luego, nada. Silencio. Oscuridad. Hamlet tenía razón.

EPÍLOGO

DESPERTÉ.

Sí. Desperté. Parecía un despertar. Quizá lo era. Despertar del sueño de la vida, para llegar a la eternidad de la Muerte…

Me incorporé en el sepulcro de piedra. Aparté la losa de mármol lentamente. Miré mis manos. Se filtraba luz diurna por unos cristales emplomados, de colores, allá en la bóveda del panteón familiar.

Parecía haber sol esa mañana. Sol… ¿Dónde? ¿En la Muerte?

Pude ponerme en pie. Volví a mirar mis manos. Las toqué entre sí. Cálidas. Tenían un leve color. Las llevé a mi rostro. ¡Cálido! No yerto, no frío…

—Dios mío, ¿qué… qué está sucediendo? —murmuré, aterrorizado.

Caminé hacia la salida de la cripta. Estaba seguro de hallarme en el mismo lugar. Sentía mi cuerpo, mi físico. No notaba frío ya. ¿Qué estaba ocurriéndome ahora?

De repente, me detuve.

Me detuve ante una pared de la cripta que, hasta entonces, no me había sido posible descubrir, en las penumbras de la noche. Había allí otro sepulcro, incrustado en el muro de piedra. Había un rostro de hombre tallado en la piedra. Un rostro al que no daba muy bien la luz. Miré debajo, a la inscripción. Ésa, sí era visible. Un rayo de sol filtrándose por un vidrio amarillo, proyectaba su claridad sobre las letras de la piedra gris y blanca. Pude leer la inscripción:

«Hay quien asegura que uno no muere,
en tanto llegue su hora.
Y aun en la muerte, algo puede salvar
al hombre: el amor de otro ser».

Me estremecí. ¿Dónde había escuchado yo antes algo parecido? Aquellas palabras no me eran del todo desconocidas…

Seguí leyendo. La inscripción terminaba así:

«Aquí reposa MELVYN GORDON.
Fallecido en octubre de 1870.
Murió por salvar a los demás.
Descanse en paz el buen amigo».

Melvyn Gordon. Me era perfectamente desconocido. Y llevaba muerto veinte años… Desde 1870, exactamente. Muchos años para que su nombre me dijese nada. Y sin embargo…

¿Qué había en aquel sepulcro que me atraía?

—¿Quién eres? —pregunté en voz alta, en la soledad de la cripta. Los muros de piedra me devolvieron mi voz, con ecos profundos, huecos—. ¿Quién eres tú, y por qué me preocupa tu última morada?

—Él fue el hombre que salvó dos vidas una vez, Víctor. La mía y la de Roy, siendo niños los dos…

Me volví con un grito de sobresalto. Traté de tapar mi rostro de la luz. Y, sobre todo, de la mirada de ella.

Ella…

—¡Crystal! —Grité—. ¿Qué haces aquí? ¡Vete, vete! ¡No entres! ¡No es tu mundo!

—Ni el tuyo, Víctor… según este mensaje.

Y ella, sonriente, me tendió algo. Un papel que llevaba entre sus manos. Lo tomé, trémulo, mirándola con incredulidad.

Otra vez aquella letra aguda, incisiva, enérgica, sobre papel cremoso:

«*Talbot*:

»Tu destino no era morir esa noche. Estuviste en la misma frontera. Y ahí permaneciste durante nuestro pacto. Ahora… la Muerte se ha retirado. No preguntes por qué. No quieras saber cómo ocurren estas cosas. No eres un resucitado. No estuviste nunca… al Otro Lado. Sólo eres Víctor Talbot. El mismo de siempre. Mira tu herida. Sólo será un rasguño. Estás vivo. No vuelvas. Nunca abandonaste el mundo, realmente.

»Es tu destino. Quizá alguien influyó en él. Vivo o muerto, no sé. Pero alguien que ha sido generoso en su pacto. Suerte, Talbot. No dejes

pasar tu ocasión de ser feliz. Adiós… amigo».

Sin firma. Como la otra vez. No tuve tiempo de leerlo dos veces. Se borró. De súbito. Como el primer mensaje. Mostré el papel en blanco a Crystal. Ella no se sorprendió demasiado. Asintió, con un movimiento de su rubia cabecita.

—Sí, Víctor. No preguntes. Hay cosas que no podemos entender ni entenderemos jamás. Cosas que no están en ningún libro, en ninguna ciencia, filosofía o religión… Es mejor ignorarlo, quizá…

—Quizá… —Me volví, mirando la piedra del muro—. De modo que estoy vivo, Nunca he sido realmente un muerto… aunque estuve en el umbral mismo de la Muerte…

—Sí, Víctor —se acercó a mí, tocó mi pecho, sobre la camisa—. ¿Ves? Apenas un rasguño. La herida, la muerte… Todo fue ficticio. No llegó a suceder. Y si sucedió… ha quedado atrás. Víctor, ¿por qué te preocupa tanto ese sepulcro? Es el que Seldon y Austin destinaron al buen amigo Melvyn Gordon, que me salvó de morir, junto a Roy, siendo niños ambos, en un estúpido accidente. Él pagó con su vida ese salvamento. No tenía familia. Era un buen hombre, aunque algo extraño. Le sepultó en su cripta familiar. Y ahí sigue.

Asentí. Repentinamente, tuve una rara intuición. Encendí un fósforo y lo aproximé a la piedra. Vi el rostro del sepulcro. Lancé una exclamación, dando un paso atrás. Abracé contra mí a Crystal. Ella se acurrucó en mi pecho.

—¿Qué te ocurre, Víctor? —murmuró—. Estás pálido… aunque es otra palidez…

—Ese hombre… Melvyn Gordon… Su rostro… sus iniciales… M. G…, Yo… yo he visto ese rostro, Crystal… Yo conocí a ese hombre…

—Pero… pero ¿qué dices? —susurró ella, estremeciéndose.

—Sólo que ahora… se llamaba Manfred… Manfred Graham… y ambos hicimos… hicimos un pacto. Un pacto muy especial…

Crystal pareció entender. Se acurrucó más contra mí. Ambos miramos el rostro de piedra. Era el de Manfred Graham, sonriendo desde la eternidad. Sin saber por qué, también, desviamos nuestras miradas hacia el suelo. Al papel cremoso, ahora en blanco.

Sí. Creo que ambos habíamos empezado a comprender…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Cuatro pulgadas equivalen, aproximadamente, a diez, centímetros. < <

[2] Aproximadamente, unos dos kilómetros setecientos metros de distancia. < <

[3] *Sir* Arthur Conan Doyle, que obtuvo tal título en 1902, es el autor mundialmente famoso, creador de Sherlock Holmes. Nacido en 1859 en Edimburgo, su profesión era la de médico, aunque la literatura es la que le daría fama, al iniciar con Estudio en Escarlata, en 1887, su saga sobre el más célebre detective de ficción del mundo. < <